
*Gerrit Huizer **

*Movimientos de campesinos y
campesinas y su reacción
ante la depauperación: ¿La
dialéctica de la liberación? **

INTRODUCCION

Constituye una creencia común entre los eruditos, expertos y administradores en desarrollo, el hecho de que la mentalidad tradicional o «subcultura» de los campesinos pobres representa un obstáculo importante en la senda del desarrollo en la mayoría de los países del Tercer Mundo. Los campesinos pobres hace mucho se juzgan pasivos, apáticos, desconfiados y se les atribuye «resistencia al cambio» más que «motivación para los logros». Esta creencia persiste a pesar de la evidencia histórica al efecto de que el campesinado de, por ejemplo, China, Cuba y Vietnam participa en forma masiva en los procesos de cambio y desarrollo radicales. A primera vista, esa movilización radical pareció contradecir

(*) Deseo disculparme por el hecho de que este documento tuvo que ser elaborado —de manera inesperada— bajo severas presiones de cada vez mayores responsabilidades de enseñanza académica, ya que nuestro personal docente se redujo en forma drástica debido a que aún la economía holandesa sufre las contradicciones internas de la economía capitalista mundial. Los comentarios y las críticas sobre este primer borrador, desafortunadamente algo inmaduro, serán muy apreciadas y pueden enviarse al *Centro del Tercer Mundo*, Coehoomstraat, 93, Nijmegen, Países Bajos.

el fracaso o la falta de éxito de los incontables y bien intencionados programas y proyectos para el desarrollo rural y comunitario emprendidos durante las últimas décadas. El hecho de que este último fracaso pueda quizá ser el resultado de las creencias y los prejuicios de los expertos en desarrollo (y sus consejeros sociólogos rurales) y de las estrategias que sus agencias utilizan, muy pocas veces ha sido estudiado o analizado. Desafortunadamente, unos cuantos «expertos» en desarrollo, eruditos y planificadores han tenido la oportunidad de identificarse en forma estrecha con los campesinos libres, supuestos beneficiarios de sus proyectos y programas. En su mayoría los «expertos» proceden de las áreas urbanas y tienen antecedentes de clase alta o media y por tanto, no han tenido la ocasión de familiarizarse con el punto de vista «desde abajo» de los campesinos. Más aún, casi no se encuentran entrenados para contemplar a través del ojo del campesino el contexto político económico (incluidos en los mismos). Prejuiciados por su sentido de superioridad en cuanto a los pobres e ignorantes, están preparados para enseñar y utilizar técnicas de la comunicación, pero no para escuchar, aprender y de hecho comunicarse en la forma de un diálogo (Freire, 1972). La creciente frustración e intranquilidad a pesar del (¿o debido al?) desarrollo en las áreas rurales, fue tan poco comprendida como la aparente apatía y resistencia al cambio. Lejos de ver la creciente intranquilidad como una señal positiva del potencial del campesino, fue —y a menudo sigue siendo— ignorada y temida. Lejos de encauzar esta fuerza naciente en forma constructiva, la intranquilidad es recibida con paliativos, recursos adicionales producidos a través de los enfoques tradicionales o a través de represión directa.

El descuido patente del potencial de los campesinos para provocar cambios radicales en países del Tercer Mundo ahora comienza a ser corregido, mucho después de que activistas políticos tales como Mao Tse Tung, Ho chi Minh, Fidel Castro, Amilcar Cabral y otros —sin más apoyo que los campesinos— se dieron cuenta a través de la experiencia de este potencial, en principio para su propia sorpresa (en parte debido a un prejuicio marxista «proletarianista»). A pesar de la bien documentada experiencia de Mao Tse Tung

(1927) con los campesinos de su propia provincia de Hunan ya durante los últimos años veinte, los eruditos de la izquierda y de la derecha esperaron hasta finales de los años sesenta para interesarse seriamente en este tópico (Alavi, 1965; Huizer, 1965; Quijano, 1965; Shanin, 1966; Gough, 1968; Landsberger, 1968, Wolf, 1969; Moore, 1969).

Quizá sea importante para la metodología de la ciencia social el hecho de que una penetración en el entendimiento de los movimientos campesinos, surgió de activistas políticos con ciertos antecedentes en la ciencia social, principalmente de orientación marxista, como los antes mencionados, y de eruditos con un fuerte interés histórico y/o compromisos políticos, quienes con cuidado estudiaron la experiencia de aquellos activistas (Alavi, 1965; Gough, 1968; Wolf, 1969), o quienes combinaron la investigación con alguna forma de participación política (Quijano, 1965; 1966; Huizer, 1965; 1972). En tanto que algunos movimientos campesinos del siglo XX con éxito relativo en el logro de cambios revolucionarios han sido ahora descritos y analizados con amplitud y han recibido atención general (Wolf, 1969; Moore, 1969), aquellos que no tuvieron éxito y —por el momento— fueron brutalmente oprimidos, tales como los movimientos indonesios, los muchos movimientos en la India y Africa Central y del sur, fueron en su mayoría ignorados. Como lo observase Gough (1976, 3) los eruditos como Moore no recalcan lo suficiente la envergadura y el significado del movimiento campesino en la India. Desai (1979, XII) con sobrada razón se queja de que «aún entre los académicos y estudiantes de la India rural, está muy difundida la hipótesis de que a diferencia de su contraparte en otros países, el campesino de la India ha permanecido pasivo, fatalista, dócil, sin ofrecer resistencia, quedando atascado en el pantano de la superstición y otras fantasías mitológicas. Varias explicaciones se han ideado para sostener esta creencia. Mi opinión, basada en una importante investigación de la situación agraria en la India, es que esta hipótesis está equivocada y debe ser refutada». Los eruditos indonesios o sudafricanos negros habrían podido decir lo mismo. La historia de los pueblos, de los hombres y las mujeres, y su resistencia a condiciones opresivas impuestas por élites

poterosas locales u occidentales, aún está por escribirse en muchos países del Tercer Mundo, aunque ya se dieron los primeros pasos (1).

En los últimos diez años en los círculos académicos se ha discutido bastante la existencia de un potencial revolucionario entre el campesinado, principalmente tratándose de América latina, China y Vietnam (2). Con escasas excepciones este debate no deja de ser académico y no parece tener mucho que ver con la práctica actual de la motivación y movilización campesina (desde abajo o desde arriba). Sólo en algunos países del Tercer Mundo como México (el debate «campesinista») y la India (muchos artículos en el *Economic and Political Weekly*, *How* y el *National Labour Institute Bulletin*) ha quedado establecida una suerte de vínculo entre la reflexión teórica y la práctica.

Un ejemplo reciente y notable de una contribución erudita a la causa de los campesinos pobres y sus organizaciones es el esfuerzo de A. R. Desai (1979) por sistematizar una gran cantidad de material existente, pero disperso sobre la historia y el actual estado de la lucha campesina en la India. Este libro fue escrito con el explícito propósito práctico de contribuir «a desarrollar una estrategia correcta y táctica

(1) Como Gough (1976: 3) lo indicase, los historiadores y científicos sociales occidentales han dedicado amplia atención a las grandes proezas de sus ancestros y compatriotas en el proceso de la «modernización» y «occidentalización» del Tercer Mundo, y poca al otro lado de la moneda: la resistencia de las poblaciones indígenas, de lo cual existe poca evidencia registrada. Un claro ejemplo de un enfoque tan perjudicado puede encontrarse en la literatura de las antes Indios Orientales Holandesas, donde casi no se encuentra nada relacionado con las luchas de resistencia de los siglos VII y VIII y sus líderes como Diopenegoro y las guerras de Java.

(2) Hasta ahora las investigaciones comparativas o los libros sobre movimientos campesinistas tratan principalmente de esos movimientos en América Latina, Europa y el sudeste de Asia (Alavi, 1965; Moore, 1969; Wolf, 1969; Stavenhagen, 1970; Landsberger, 1969; id., 1974; Huizer, 1972; id., 1980; Migdal, 1974; Paige, 1975; Pearse, 1975; Scott, 1976). Se efectuó el estudio de una veintena de casos de movimientos campesinistas sobre América Latina, en parte reunidos en estudios comparativos, en artículos y unas cuantas monografías (Lamond Tullis, 1970; Handelman, 1975; Petras y Zemelman, 1975; Sharpe, 1977; Steenland, 1977). Sólo dos casos africanos fueron tomados en cuenta en el contexto anterior. Argelia (Wolf, 1969) y Angola (Paige, 1975). De los relativamente pocos casos estudiados (e. g. Moeki, 1964; Rosberg y Nottingham, 1966; Buijtenhuijs, 1971; Davidson, 1974) y de los aún más escasos esfuerzos de generalización (Post, 1972), puede llegarse a la conclusión de que también existe en ese continente un potencial tremendo para la acción e investigación orientadas a la acción.

para conformar estos movimientos como parte de una lucha mayor y dar por terminado el establecido orden socioeconómico explotador y opresivo y reemplazarlo con una fórmula socioeconómica, no capitalista, socialista para la India» (Desai, 1979, XIV). Este recoge una gran cantidad de escritos de activistas en el campo de la organización campesina en tiempos pasados y actuales, así como artículos escritos por eruditos.

Este documento, también fue escrito, en parte, con una intención práctica y política, dando por sentado que la investigación de la ciencia social podría (¿y debería?) ser practicada en una perspectiva emancipadora (Huizer, 1979 A). Por tanto, no abordará el debate acerca de las definiciones (cambiantes) de «campesino» o «campesinización», ya que reconoce el valioso trabajo realizado por otros en relación con estos tópicos (Wolf, 1966; Post, 1970; Bernstein, 1979). Tan sólo abordará partes del debate acerca de los sistemas agrícolas (Paige, 1975) o cambios en esos sistemas (Scott, 1976) como condicionantes bajo los cuales los movimientos campesinistas tienen las mayores oportunidades de emerger. El tópico principal será la estrategia de la organización campesina o la dinámica de los movimientos campesinistas, y algunos de los obstáculos que éstos enfrentan. Se admite que la característica más esencial del ser campesino lo es una relación asimétrica con una potencia superior, como lo sugiere Wolf en su acertada definición de ellos como: «... cultivadores rurales cuyos excedentes son transferidos a un *grupo dominante de gobernantes* que utilizan los excedentes, tanto para suscribir su propio nivel de vida, como para distribuir el remanente entre grupos de la sociedad que no cultivan la tierra, pero que deben ser alimentados a cambio de sus bienes específicos y servicios» (Wolf, 1966; 3-4; énfasis mío, G. H.).

Una dificultad enfrentada en los debates entre eruditos sobre las diferentes categorías y características del sector campesino, es que los campesinos tienen una cosa importante en común con casi todos los otros seres humanos: ellos cambian (pueden cambiar). Alguien que en este momento es un pequeño campesino puede ser un campesino sin tierra el día de mañana y encontrarse entre el proletaria-

do al mes siguiente, una clase de cambio que los campesinos en muchos países parecen haber sufrido durante la última década. Si vemos que los campesinos sin tierras en la India han aumentado en números del 10 por 100 en 1950 al 20 por 100 en 1960, 30 en 1970 y 40 por 100 en 1980, aún el total del campesinado ha cambiado en sus características.

Como una reacción, en algunas áreas los campesinos se han unido y en ocasiones (cada vez mayores, de acuerdo con los informes del Ministerio de Asuntos Internos del Gobierno de la India) experimentaron más fuerza —como miembros de una unidad colectiva— de la que ellos jamás sintieran antes del deterioro de su situación. Y lo mismo puede decirse de las mujeres campesinas. Las condiciones bajo las cuales viven los campesinos, quizá cambien tan rápidamente que para comprender «el comportamiento» de los campesinos, no sólo es útil y conveniente estudiar «categorías» (o clases) de campesinos, sino además los procesos del cambio de una «categoría» a otra, incluidos los «movimientos» (3).

Los malentendidos en los procesos de cambio incluidos los movimientos, están en parte relacionados con terminología inadecuada, a menudo utilizada por eruditos. Algunos autores utilizan una terminología que probablemente refleja en gran medida el resentimiento que la mayoría de los campesinos sienten acerca de su decadente situación. Bernstein (1979) habla de «destrucción de la economía natural», el proceso de la consumización» y de «la presión de la simple reproducción» al describir cómo la economía del mundo moderno ha venido afectando desde el último cuarto del siglo XIX al campesinado de Africa. Sin embargo, la mayoría de los escritos sobre la materia siguen utilizando la terminología eufemística de la escuela de la modernización definida por Migdal (1974: 6): «el contacto con lo moderno —que nosotros llamaremos «contacto con la cultura»— conduce a

(3) Desafortunadamente un reciente trabajo general informativo y actualizado sobre desarrollo rural, de Norman Long, *Una Introducción a la Sociología del Desarrollo Rural*, Londres, Tavistock, 1977, presta atención a «problemas sociológicos del cambio social planeado» (capítulo 6), no así a la intranquilidad rural y a los movimientos campesinos como una reacción frente al cambio social, o como medio para conseguirlo.

las personas a abandonar sus antiguos patrones de conducta y adoptar estos modernos. El contacto entre lo viejo y lo nuevo conduce al triunfo de los patrones de conducta nuevos». Unos cuantos autores occidentales a últimas fechas han criticado el uso de esa terminología y del enfoque de la modernización (Long, 1976; Migdal, 1974), señalando al «capitalismo del Atlántico Norte» (Wolf, 1969) o al «imperialismo mundial» (Migdal, 1974, 18) como las fuerzas principales de los cambios modernos entre los campesinos (4).

Siguiendo esta tendencia algunos eruditos que antes destacaron la importancia de la «subcultura» de los campesinos como un impedimento para la «modernización», han expresado una nueva opinión sobre las buenas razones de los campesinos pobres para no aceptar estas influencias modernizantes. También han comenzado a criticar estas influencias y su falta de atención a la necesidad de un cambio en la estructura social como una condición previa para el desarrollo y las deficiencias de la anterior difusión de expertos innovadores (Rogers, 1976: 135). Rogers ofrece, como resultado de esta reflexión, una nueva definición de modernización y desarrollo que parte de su definición de 1969: «Un proceso de participación generalizada de cambio estructural social básico en una sociedad, que tiene la intención de provocar el mejoramiento tanto social como material de la mayoría del pueblo a través de medios que fomenten la igualdad, la libertad y otras cualidades valiosas» (Rogers, 1975: 358). En esta nueva definición, los aspectos dialécticos de modernización, la creación de contradicciones donde parecía existir la armonía y la inscripción de diferentes categorías de campesinos en contra de recién surgidos

(4) Migdal advirtió (1974: 23): «Yo creo que dos razones justifican la persistencia de la explicación del contacto con la cultura. Primero, tenemos la vehemencia de los científicos sociales de occidente por desechar a Marx. Esto los condujo a relegar el papel de los apremios económicos y presiones de clase a un lugar secundario, en favor de un enfoque que destaca la importancia de la cultura, los valores y las normas. Esta orientación fue fortalecida por medio de avances metodológicos. La facilidad con la que una encuesta que haga resaltar los valores y las normas de los individuos puede ser administrada, la convierte en un tentador instrumento para la investigación. Aunque las encuestas investigadoras constituyen, desde luego, un aspecto importante de la ciencia social, quizá estemos atestiguando un período en el que el método dicta no sólo las preguntas que hace la ciencia social, sino que además las respuestas que esta misma se niega a considerar.»

poderosos enemigos comunes, no son destacados lo suficiente. Salvo por algunos estudios especiales tocantes a la sociología del conflicto (Coser, 1956), pocas obras eruditas hablan con claridad del conflicto de clases, del antagonismo y de la necesidad de un «grupo de referencia negativa» (llamado en términos generales: un enemigo común) como un ímpetu poderoso para un movimiento campesino.

Este temor a hablar del conflicto surge en algunas discusiones sobre la definición del término movimiento. En un primer intento de hacer esto, Landsberger (1968: 19-28) definió un movimiento campesinista como «cualquier reacción colectiva por parte de labradores rurales ante su baja condición social». Podemos aceptar esta definición en parte, ya que destaca el elemento de «la reacción». Sin embargo, podemos cuestionar si ellos reaccionan ante «su baja condición social» como tal, o ante cualquier grupo que intenta inmiscuirse con su condición social, amenazarla, o cambiarla para empeorarla.

El hecho de que otros pueblos tengan una condición social diferente más elevada no puede preocupar mucho a la mayoría de los campesinos; sin embargo, un empeoramiento de sus condiciones, o un menoscabo de su condición social, ya sea en el presente o en el pasado, puede provocar resentimiento y una necesidad de reacción. Este es particularmente el caso si el abatimiento de la condición social se considera injusto. Deal (1975: 416), después de Borton (1968) define de la manera siguiente las rebeliones campesinas: «protestas hechas por los campesinos en contra de las injusticias que afectan la búsqueda normal de (su) ocupación», haciendo notar, al mismo tiempo, que las demandas del campesino, en ocasiones trascienden la búsqueda normal de su ocupación (5).

Si hemos de adoptar esta última definición, cierta distinción podría hacerse entre un movimiento campesino y una organización campesina. Los movimientos campesinos in-

(5) Con el fin de encontrar una salida en el debate sobre las definiciones de los campesinos, Deal (1975) opta por el término «rebelión agraria», en vez de movimientos campesinos.

cluyen toda clase de actividades rebeldes espontáneas de grupos de campesinos, como una reacción ante condiciones o cambios en las condiciones, considerados opresivos o perjudiciales. Si esas actividades se organizan más o menos en forma sistemática, bien podemos hablar de una organización campesinista o un movimiento campesinista organizado. Considerando que en este documento se dirigirá la atención al último tipo, los términos movimiento y organización serán utilizados cuando se trate respectivamente de las actividades o de la organización.

Un uso creador de contradicciones existentes o crecientes entre clases constituye una de las fuerzas principales para organizar poderosos movimientos campesinos. Este es un asunto complicado considerando que no sólo existen terratenientes poderosos y campesinos pobres, sino una gran variedad de (sub) clases de campesinos que pueden ser enfrentados entre ellos o formar alianzas en contra de su enemigo común. Bernstein (1979: 431) propuso hace poco una eficaz diferenciación en términos de clases entre el campesinado de Africa que tiene mucho en común con la diferenciación utilizada en otros lados (Alavi, 1965; Gough, 1968) y originada en los años veinte por Mao Tse-Tung, entre campesinos pobres, de clase media y ricos. Los campesinos pobres no pueden subsistir a través de la producción familiar y tienen que vender su fuerza de trabajo a otros, cuando menos en parte. Los campesinos ricos o kulaks (campesino acomodado en Rusia) acumulan lo suficiente para invertir en la producción y recurrir a medios de producción superiores y/o la fuerza de otros. El proletariado rural, trabajadores agrícolas sin tierra, pueden quedar incluidos en la categoría de campesinos pobres. Una de las condiciones previas más importantes para la organización de movimientos campesinos, además de las condiciones económicas totales y su deterioro, la constituye el efecto de este deterioro sobre las diversas clases de campesinos y las contradicciones que se desarrollan entre estas clases como un resultado de esos procesos de cambio. Los dirigentes campesinos están del todo conscientes que difícilmente pueden dictarse normas generales sobre la utilización de esas contradicciones salvo la norma de que los activistas en la localidad tienen que corro-

borar con todo cuidado en cada villa o región, en particular las contradicciones existentes en la perspectiva de un punto de vista desde abajo, tomando en cuenta la clase más pobre como la principal estructura de referencia. (Aidit citado en Huizer, 1980 a.)

La interrogante principal, no discutida lo suficiente en la mayoría de las obras eruditas sobre campesinos y movimientos campesinistas, radica en cómo la capacidad de resistencia (al cambio no deseado) puede transformarse en movilización activa que al final reta al sistema, en general, de una manera revolucionaria. A través del trato directo con algunas organizaciones actuales y a través de investigaciones relacionadas con los procesos emergentes, un número de movimientos campesinistas sobresalientes y específicos ocurridos en América Latina y el sudeste de Asia han sido estudiados en el curso de unos quince años (6). En conjunto parecen seguir más o menos procesos similares de creación y crecimiento (Huizer, 1972; 1975; 1980 a; 1980 b). Los movimientos más importantes en cuestión son: la guerrilla campesina encabezada por Emiliano Zapata en México (1910-1919), los sindicatos en la región de Ucurena, Cochabamba, la cuna de la lucha campesina boliviana (1936-1953), la federación campesina encabezada por Hugo Blanco en el valle de La Convención, Cuzco, Perú (1955-1964), la liga campesina encabezada por Juliano en el noreste de Brasil (1955-1964), el movimiento de la unión campesina en varias regiones de Japón (1919-1948), el surgimiento del Frente Campesino Indonesio (1953-1965), el movimiento Huk, conducido por Luis Taruc en Central Luzon (1938-1953), Filipinas, y las organizaciones campesinas en las tierras altas orientales de Cuba, que se convirtieron en una base poderosa para el movimiento guerrillero (1920-1959).

(6) Considerando que en mi opinión sólo una pequeña parte de la abundante literatura sobre movimientos campesinistas habla de las estrategias para organizar esos movimientos y siguen existiendo ciertos malentendidos en los círculos académicos acerca de algunos de los muy prácticos problemas implicados, me disculpo por recurrir en la mayor parte de este documento, de manera poco modesta, a mis propias experiencias y mínimas investigaciones en este campo, ocurridas hace unos quince años (antes de 1973) en mi capacidad de trabajador en desarrollo rural y consultor de organizaciones campesinas (principalmente con algunas agencias de las Naciones Unidas).

La diferencia entre estos movimientos y los de China, Vietnam y las anteriores colonias portuguesas es que en los últimos casos una poderosa lucha nacionalista en contra de agresores coloniales o extranjeros constituyó un factor que mucho influyó en la lucha, en tanto que los movimientos antes mencionados se vieron menos influidos por ese fervor nacionalista. Por tanto, estos últimos casos son más típicos de la situación en la mayoría de los países del Tercer Mundo donde se ha alcanzado la liberación nacional, cuando menos formalmente.

CAPACIDAD DE RESISTENCIA

Al analizar la estrategia para organizar movimientos campesinos resumiré y, en esa forma, simplificaré una larga historia, así como también haré unas observaciones con respecto a las conclusiones teóricas de algunos expertos relativas a dicha estrategia, las cuales, a mi juicio, podrían provocar malos entendidos o simplificaciones excesivas.

En vista de la enorme variedad de condiciones previas al amparo de las cuales han surgido ciertos movimientos campesinos, no sería difícil cuestionar generalizaciones o hipótesis como las de Wolf (1969), Landsberger (1968) y Paige (1975). Estas generalizaciones o hipótesis se basan en un número limitado de casos, pero no siempre están de acuerdo con otros casos diferentes. Dado que la prueba verdadera de cualquier postulado teórico es su valor práctico, a lo más que se puede aspirar, en lugar de una hipótesis, es probablemente a la aceptación de ciertas reglas empíricas o lineamientos que pueden aplicarse con gran flexibilidad a cada situación local específica.

Si bien se han realizado estudios muy completos sobre las relaciones entre ciertas estructuras de producción y las posibilidades de una rebelión campesina (Paige, 1975), poco se sabe sobre la relación dialéctica entre un cambio en las estructuras de producción y la dinámica de la movilización campesina al reaccionar al cambio si se considera perjudicial. No se puede subrayar lo bastante el hecho de que

aquello que hace reaccionar a toda clase de campesino es un cambio para empeorar o la amenaza de un cambio para empeorar. En ocasiones reaccionan con energía si los cambios resultan catastróficos para su subsistencia. Esto bien puede sucederles a los hacendados adinerados cuya subsistencia está muy amenazada por las modernas corporaciones agrícolas, así como a los pequeños arrendatarios, quienes pierden el derecho a su pequeño terreno en arriendo.

Una de las principales condiciones previas a los movimientos campesinos ha sido la introducción del concepto capitalista de la propiedad privada de la tierra, el cual implica que la tierra es una mercancía que puede venderse. La introducción en muchas sociedades de esta forma de propiedad privada trajo como consecuencia que las minerías privilegiadas de hacendados, zemindans, jeques y otros tipos de terratenientes se beneficiaran a costa de muchos; casi siempre de mayorías integradas por agricultores pobres, quienes perdían sus derechos y seguridades tradicionales de subsistencia mínima. Este proceso de transformación de las relaciones de la propiedad de la tierra, el cual se difundió de manera especial en la segunda mitad del siglo XIX en Latinoamérica, Asia y después en Africa, provocó un alto grado de resistencia y protesta que en la actualidad se registra y estudia cada vez más (7).

Los movimientos campesinos de protesta más enérgicos no ocurrieron entre campesinados de siempre pobres, sino precisamente en aquellas zonas donde habían entrado las citadas formas de «procesos de modernización» una forma de «desarrollo» que lejos de beneficiar perjudica a la mayoría (Huizer, 1972, 142-147). Esta integración en la economía moderna, el mercado mundial o «capitalismo del Atlántico del Norte» (Wolf, 1969), estaba relacionada en mayor medida con la introducción de cultivos comerciales, en primer término azúcar y tabaco y, en segundo término té, cacao, plátano y materias primas como algodón, caucho, henegúen

(7) Para un estudio comparativo de 77 movimientos de resistencia de esa naturaleza en la India véase Gough (1976); para un breve resumen de movimientos semejantes en el siglo XIX en México, Bolivia y otros países de Latinoamérica véase Huizer (1972: 2-6); con respecto a Africa véase Post (1972).

y aceite de palma (Paige, 1975). No obstante, la mayor parte de las reacciones a dichos procesos de «modernización» fueron en vano. El repaso que en los últimos años se ha realizado sobre la historia colonial ha puesto de manifiesto muchos indicios de la crueldad con la que se imponían estos procesos. El gravoso tributo de vidas humanas con que el abrumador poderío militar aplastó finalmente a los movimientos de campesinos desarmados o mal armados (Gough, 1972; Davidson, 1974; Rodney, 1972) da testimonio de la capacidad de los campesinos pobres para defender sus intereses y refuta la sugerencia de algunos expertos a efecto de que los campesinos son incompetentes desde el punto de vista político. En verdad es algo sorprendente que Paige (1975: 41), al hablar del «terrorismo de las clases altas» como el medio a través del cual se mantiene a sí mismo el sistema de la hacienda, se refiera al hecho de que «todos, menos los movimientos campesinos más fuertes» fueron reprimidos, como prueba para respaldar su hipótesis de que la clase agrícola bajo ese sistema, que perduró muchísimo tiempo, es «políticamente incompetente».

Existen evidencias de que una constante opresión durante períodos de tiempo muy prolongados —siglos—, como sucediera con los sirvientes de las haciendas de Latinoamérica (Paige, 1975: 6), conduce a ciertas formas de apatía (aparente). Esta apatía aparente, no obstante, puede romperse fácilmente con un cambio importante para empeorar o mejorar. Con respecto a la última posibilidad, un cuidadoso estudio sobre la intervención de los participantes, realizado por un grupo de eruditos de la Universidad de Cornell en la hacienda Vicos, en Perú, demostró cómo la «apatía» y la desconfianza propias de la «cultura de la represión» pueden superarse en unos cuantos años cambiando las relaciones de la propiedad de la tierra (Holmberg, 1961).

Nuevos estudios han indicado que la desconfianza de los campesinos es parte de la «ética de subsistencia» (Scott, 1976) y de un racional enfoque de «la seguridad es primero», que se hace necesario bajo las circunstancias en que viven la mayoría de los campesinos pobres. Scott dedica uno de sus últimos capítulos a la capacidad de rebelarse para

subsistir de los campesinos que ven que sus condiciones se deterioran, Scott no subraya como lo más importante a las condiciones estructurales específicas como aquéllas analizadas por Paige, sino más bien a los *cambios* en las condiciones imperantes que vienen a menoscabar la subsistencia de los campesinos, y en particular los cambios repentinos. Estas conmociones pueden deberse a la vulnerabilidad ecológica, a la vulnerabilidad del sistema de precios o a la vulnerabilidad del monocultivo. La observación de Scott parece confirmarse con los casos de movimientos de campesinos militantes sobre los que base este trabajo (Huizer, 1972, 1980 a). Scott también demuestra claramente que, por lo general, los campesinos pobres tienen una visión bastante clara y no mistificada de su deplorable situación y que dicha visión traerá consigo consecuencias en la organización de los campesinos tan pronto como las condiciones represivas en las que tienen que sobrevivir, en particular el papel coercitivo que representa el estado para mantener una relación de explotación, disminuyan por alguna razón.

Scott demuestra con el ejemplo de Naxalbari, ocurrido en la India en 1969 (Scott, 1976: 228-229), que cuando un gobierno populista resulta menos apto que el anterior para mantener el *status quo* a toda costa, pronto los campesinos se prestan a organizarse en forma militante en regiones donde ha estado adormecida la tensión sobre la tierra. Es principalmente la represión, mientras dura, la que impide que los campesinos actúen en forma colectiva y en su propio beneficio más que la carencia de conciencia o cierta incompetencia política inherente.

La no participación puede ser indicio de una competencia política considerable y se deriva del hecho de que los campesinos contemplan, generalmente, sus actuales frustraciones desde una perspectiva histórica. Si bien los planificadores del desarrollo toman el presente *status quo* como el punto de partida más lógico para elaborar planes y proyectos de desarrollo, por lo general, los campesinos lo consideran injusto y retrógrado cuando lo comparan con tiempos pasados mejores. Su necesidad más imperiosa no es nuevos alicientes, sino la corrección de la injusticia que cometen

contra ellos los ricos y poderosos y la restitución de sus antiguos derechos, por ejemplo: lo tocante a la propiedad de la tierra. Los campesinos saben mucho mejor que investigadores y planificadores que su situación ha empeorado y que ahora tienen menos posibilidades de mejorar dado que fuerzas económicas, incluida la economía de mercado, y ciertos programas de desarrollo les son perjudiciales y provocan que los campesinos pierdan la tierra y contraigan deudas.

La pasividad o apatía aparente de los campesinos, que manifiestan con la no participación en los proyectos propuestos desde arriba por «agentes de cambio», puede interpretarse (Huizer, 1972) como una forma leve de desobediencia civil que hace sentir a quienes ejercen el poder que no están controlando completamente la situación. Si se aplica en forma más o menos sistemática, como saben hacerlo muy bien los campesinos y campesinas, esta forma de resistencia puede trastornar en gran medida a los que tienen el poder: el contrapoder de no hacer (8). Aparte de los funcionarios públicos, también los investigadores sociales, cuando abordan a los objetos de su investigación con demasiada objetividad, a veces tienen que hacer frente a esta clase de contrapoder de no hacer que se pone de manifiesto al recibir del campesino información no pertinente. Las formas de la no participación pueden interpretarse como elementos de «contrapunto» (9) en el sistema de valores imperante en la zonas rurales. Si bien aceptan abiertamente su destino, los campesinos manifiestan cierta resistencia contra el sistema represivo. Tales manifestaciones de resistencia pueden encontrarse, por ejemplo, en el humor popular sobre el paternalismo de los terratenientes, el cual aceptan (no tienen otra alternativa), pero cuestionan al mismo tiempo. Otros indicios ocultos de resistencia contra el sistema de valores imperantes pueden encontrarse en los relatos y canciones folklóricas, recuerdos de tiempos pasados mejores cuan-

(8) El uso de la resistencia pasiva, «La deserción como protesta»; también la ha observado Charlesvan Onselen en grupos tales como los mineros negros de Rodesia del Sur, «Workers consciousness in black miners», en Cohen, Gutkind y Brazier (1979).

(9) Sobre el papel de los «contrapuntos» en los sistemas de valores prevalecientes véase W. F. Wertheim, *Paralelos Este-Oeste*, capítulo II, *Society as a Composite of Conflicting Value Systems*, W. van Hoeve, La Haya, 1964.

do la tierra pertenecía a la comunidad, recuerdos de héroes legendarios de la lucha campesina.

Esas formas de resistencia a veces encuentran expresión en prácticas religiosas populares como la alternativa a la religión institucionalizada que a menudo confirma el orden establecido. A excepción de movimientos campesinos millenarios específicos, se ha prestado poca atención al hecho de que en los movimientos campesinos las influencias religiosas pueden representar un papel importante, ya sea para obstaculizarlos o para estimularlos. Wolf (1966: 106) menciona a los movimientos «protestantes» de fines de la Edad Media y la reacción popular teoísta hace el budismo y confucianismo en China entre otros. Los recientes movimientos del renacimiento islámico como en Irán, de la «teología de la liberación» en Latinoamérica y las Filipinas, y de la «teología negra» en el sur de Africa, han aparecido en primer plano como posibles influencias movilizadoras donde imperan condiciones de absoluta o relativa privación en las grandes masas. Estos movimientos parecen relacionarse con adormecidas formas de resistencia que han existido como una «contracultura» o como «contrapunto» y que hicieron posible que los campesinos conservaran vivo el sentido de la dignidad en medio de condiciones de explotación o humillación imperantes durante mucho tiempo.

Se tiene conocimiento de varios casos en los que se han utilizado, en forma más o menos sistemática, «contrapuntos» religiosos y culturales en contra del sistema dominante, a fin de apoyar la creación de movimientos campesinos. Tal fue el caso, en los años cincuenta, del espectacular crecimiento del Frente Campesino Indonesio (B. T. I.) (Huizer, 1980). Los escritos estratégicos de Mao Tse-Tung sobre diversas etapas de los movimientos campesinos contienen muchos elementos taoístas como una forma tradicional de resistencia a los establecidos, pero impopulares gobernantes y su ideología (Freiberg, 1977). En estos últimos años, varios «teólogos de la liberación» están estudiando la capacidad de la religiosidad (cristiana) popular para crear una organización rural militante o inclusive revolucionaria (Gutiérrez, 1978). La comprensión y el fortalecimiento de tales

indicios de resistencia potencial, a veces disfrazada de pasividad, puede ser el punto de partida para una resistencia más abierta y una protesta organizada.

LA ORGANIZACION DE UN MOVIMIENTO CAMPESINO

Los campesinos pobres, hombres y/o mujeres, toman conciencia de su situación en pequeños grupos. Las personas hablan sobre lo que sienten y padecen y así descubren que les preocupa lo mismo y adquieren cierta confianza en sí mismas a través de ese intercambio (10). Una toma de conciencia más importante que conduce a una mayor confianza individual y colectiva se logra cuando los pequeños grupos locales de campesinos con intereses comunes se reúnen en un punto central de la región que habitan. El descubrir que se comparte el descontento hacia ciertas condiciones perjudiciales, en una mayor escala, puede alentar a hacer algo al respecto en una forma organizada. Las festividades religiosas o tradicionales que atraen a las personas de una vasta área se han considerado como una buena oportunidad para hacer notar ciertos asuntos críticos e inducir a la acción (Neira, 1974, 64 ff). El proceso de la toma de conciencia colectiva depende en gran medida de la existencia de líderes que sean capaces de manifestar con claridad lo que la mayoría siente con mayor o menor vaguedad. Esos líderes, generalmente, son campesinos del lugar, dotados con la capacidad de expresarse con claridad, pero también pueden ser forasteros que estén identificados con la situación de los campesinos y en quienes la gente confíe. (Huizer, 1980 a, 168-172).

(10) Con respecto a experiencias interesantes en la India (bajo estado de emergencia) véase: Gerrit Huizer, «The Rural Training Camps of N. I., I.», *National Labour Institute Bulletin*, 3, 8 (agosto, 1977), págs. 339-43. La forma en que esa toma de conciencia tiene lugar en numerosos «grupos base» de la comunidad de feligreses (C. E. B.) en las zonas rurales y urbanas de Brasil está bien sintetizada en la obra de J. B. Linanio. *Una comunidad que se redifine*, S. E. D. O. C., oct., 1976, pág. 296 ff., donde también se observó que la escasa participación de las mujeres en grupos base (C. E. B.) en Brasil a causa del «machismo» imperante constituye una amenaza para la total participación (pág. 314).

Una vez que se ha descubierto que existe un resentimiento y una resistencia política comunes y latentes, por lo general no es difícil para un hábil líder local actuar como catalizador para movilizar a los campesinos en una protesta contra un motivo de queja específico.

Este tipo de movimientos locales con frecuencia han ocurrido en respuesta a una acción particularmente injuriosa del terrateniente contra hombres y mujeres: un suceso que precipita la reacción (Landsberger, 1968; Huizer, 1972; Deal, 1975). No siempre es fácil que una movilización de personas, más o menos espontánea, en torno a un líder local, se transforme en un grupo institucionalizado y formal, capaz de emprender una lucha continua y sostenida en aras de la tierra, la justicia u otras demandas.

Debe hacerse una diferenciación entre las organizaciones para negociación formal, en las que los más acomodados entre los campesinos pobres —los campesinos medios— general representan un papel importante, y los movimientos que son demostraciones de poder colectivo, iniciadas en momentos críticos de enfrentamiento con los poderes dominantes establecidos.

Algunas organizaciones de campesinos son bastante jerárquicas con un fuerte liderazgo de implicaciones autoritarias, mientras que por otro lado existen organizaciones en las que el liderazgo es un poco más alentador y no autoritario, por lo que estimula la participación activa desde abajo más que la simple acción de seguir al líder (Huizer, 1965). Ambos tipos de liderazgo, y las formas intermedias, tienen ventajas y desventajas. La mayoría de los campesinos pobres intentan generalmente la base y participan —en ocasiones junto con las mujeres— en particular cuando la lucha se torna grave. En la fase inicial de un movimiento, el carisma y otras formas de inspirar confianza y demostrar capacidad son características del líder, que representan un papel importante para vencer la dependencia (material y psicológica) de los campesinos pobres en su protector tradicional. Lo anterior pudo observarse con frecuencia en las etapas iniciales de los movimientos campesinos de Japón e Indonesia (Hui-

zer, 1980 a), donde imperaba una fuerte relación con el protector.

Se ha discutido bastante (y entendido mal) el papel del liderazgo y de la adhesión al líder a escala local o a una escala más amplia (Galjart, 1964; Huizer, 1965). La diferencia entre la adhesión con más o menos conciencia (de clase) y un grupo de seguidores del líder protector consiste en que en la primera existen vínculos *horizontales* entre los seguidores y la posición de líder depende en gran medida de la voluntad de los seguidores para permanecer unidos frente a un enemigo común, y de que logre guiarlos y representarlos como un grupo de intereses. En el grupo de seguidores del líder protector se hace énfasis en los vínculos *verticales* entre cada uno de los seguidores y el líder/protector quien depende menos de sus seguidores que viceversa (Huizer, 1980 a).

Los autores que tratan de interpretar la participación campesina en movimientos u organizaciones políticas sólo desde el punto de vista del «trueque» pueden ofrecer penetraciones interesantes en el problema, pero interpretan mal la realidad en cierta forma. Por ejemplo, Migdal (1974, 212) señala: «La política entre los campesinos empieza cuando pueden confiar en los forasteros: la sospecha de promesas a largo plazo y la aceptación sólo de los beneficios más inmediatos que se les pueden brindar. Los incrementos en la participación en el mercado han enseñado a los campesinos que los forasteros están dispuestos a cubrir ciertas necesidades, si hay algo que se les pueda dar a cambio.» Hasta donde sé, los movimientos campesinos se generan no por seguir a líderes externos que prometen beneficios, sino más bien por seguir a líderes que han demostrado estar de su lado en la lucha contra un enemigo (de clase) mucho más poderoso, y que están dispuestos a correr. Se sabe bien que esa clase de lucha ofrece pocos beneficios a corto plazo, pero, si prevalece bastante tiempo, puede restaurar la justicia que los campesinos piensan ha sido violada por fuerzas externas. La hipótesis de Migdal (1974, 228-9) de «que la participación de los campesinos en movimientos revolucionarios institucionalizados es en principio un intento de su parte por solu-

cionar ciertos problemas individuales y locales a través de los incentivos selectivos inmediatos que ofrecen las organizaciones revolucionarias» está pasando por alto factores como la indignación y la ira de la colectividad ante la injusticia y la opresión que padece (11).

También ha suscitado cierta discusión sobre la clase de campesinos que representan papeles de liderazgo local. Si bien parece ser cierto que en la etapa inicial de los movimientos campesinos, los campesinos medios representan un papel crucial (Alavi, 1965; Wolf, 1969), eso no significa que, en general, los campesinos medios tengan más capacidad organizadora o inclusive revolucionaria que los campesinos pobres. Si bien algunos campesinos medios, en particular aquéllos cuya subsistencia independiente se está viendo amenazada por la competencia de los campesinos ricos y por otros factores (por ejemplo, el mercado), pueden estar ansiosos por aliarse con los desamparados e iniciar un movimiento de protesta, otros, que tienen más éxito por su cuenta, prefieren buscar su mejoramiento personal dentro del sistema imperante y constituir así una fuerza conservadora en lo tocante a un cambio general para beneficio de los de abajo. También debe hacerse notar que una explicación puramente materialista para el comportamiento de los campesinos medios en este contexto, al escoger entre ser un aliado de los pobres o su mejoramiento personal, tal vez a costa de los pobres, no resulta adecuada. Muchos líderes campesinos extraídos del campesinado medio, que yo conocí, bien podrían haber sido o haberse convertido en pequeños empresarios agrícolas, pero por razones de índole moral o religiosa, o por otras razones difíciles de explicar desde un punto de vista materialista, se decidieron por la lucha y la estima que se deriva del liderazgo abnegado, por encima de la ganancia personal de índole material. Expertos marxistas han descuidado este asunto (al tender a optar por explicaciones materialistas menos complejas, con mucha facilidad) así como también los académicos más tradicionales (quienes

(11) Las conclusiones de Migdal que se basan en cerca de 50 estudios antropológicos de comunidades que han realizado terceras personas no son iguales a las que se basan en 77 casos de levantamientos campesinos estudiados por Kathleen Gough (1976).

a menudo se inclinan a pensar que la ganancia personal es el motor principal de todas las personas).

No obstante, sucede que los auténticos líderes campesinos locales, atrídos por el deseo de poder y los símbolos de la condición social, son elegidos sumariamente por la élite rural y se convierten en una especie de protectores. Las tentaciones de la forma de vida de la clase media o de la clase alta, con su conspicuo consumismo, parece ser un lastre para el líder campesino honrado y dedicado, y constituye un punto débil en muchas organizaciones. Landsberger (1970), quien estudió algunos de esos puntos débiles inherentes a las organizaciones campesinas, no prestó mucha atención a la interferencia externa que es la causante parcial o total de dichas debilidades.

Si por un lado las influencias externas y urbanas pueden ser corruptoras y eliminar o neutralizar a los posibles buenos líderes, por el otro dichas influencias pueden tener una función estimulante al fusionar pequeñas organizaciones locales con una fuerte potencia regional con cierto grado de influencia política. Con base en muchos casos desprendemos que la ayuda de aliados, tales como maestros, abogados, sacerdotes, estudiantes, líderes laborales, activistas de partido, es importante si es que las organizaciones de campesinos han de extenderse más allá del pueblo. Esta es probablemente una razón por la que la mayoría de los movimientos se inician en regiones más o menos densamente pobladas y cercanas a centros urbanos: los aliados y promotores tienen entonces fácil acceso a los lugares donde se están organizando los campesinos. En esas zonas también hay más oportunidad de encontrar campesinos con ideas actualizadas que sean capaces de actuar como líderes locales en las nuevas organizaciones. Los campesinos, generalmente, necesitan el apoyo de aliados de fuera para hacer frente a la poderosa oposición de la élite de terratenientes. Se han suscitado malos entendidos con respecto a este asunto, tales como el pensar que la necesidad de apoyo exterior significa una cierta incapacidad de los campesinos como clase (Deal, 1975, 414; Paige, 1975).

Si bien se ha observado que los movimientos campesi-

nos, a fin de ganar suficiente fuerza de organización, necesitan el apoyo de aliados y líderes no campesinos, lo mismo puede decirse de las élites de terratenientes. La opresión de los movimientos campesinos no sería posible a menos que el aparato del Estado, la policía y las fuerzas armadas en ocasiones, con un fuerte apoyo internacional (12), viniera al rescate de dichas élites.

Tal fue el caso, por ejemplo, del levantamiento campesino en El Salvador en 1932, en el que fueron muertos por el ejército de 15.000 a 30.000 campesinos, o de la masacre de campesinos indonesios, en 1965, en la que casi medio millón de personas fueron muertas por el ejército y la Liga Islámica de la Juventud que había recibido armas para la ocasión (Huizer, 1972:27; 1980: 122-126).

Además de esas medidas de opresión, las élites reciben el apoyo del gobierno en la forma de una legislación, la cual prohíbe u obstruye las organizaciones de campesinos, como en El Salvador (Huizer, 1972). En vista de los tremendos riesgos de intervención estatal o internacional, es natural y obvio para una inteligencia normal, que los campesinos desconfían de que sean sus aliados ciertos líderes revolucionarios (provenientes de las ciudades), tal vez tanto como desconfían de otros agentes urbanos, tales como comerciantes o trabajadores del desarrollo. Si los líderes o aliados no se identifican lo suficiente, y con cautela, con los campesinos, nunca obtendrán su apoyo. Una identificación estrecha y sincera, como la que practicaban muchos organizadores del B. T. I. antes de 1965, en Indonesia (Huizer, 1980,

(12) Como observara Paige (1975, x) —sin llegar a conclusiones apropiadas— en la introducción de su amplio estudio sobre movimientos campesinos revolucionarios y rebeldes en Perú (a principio de los sesenta), Angola y Vietnam: «En Perú, Angola y Vietnam, así como en muchas regiones, Estados Unidos se ha puesto del lado de los terratenientes y dueños de plantaciones en contra de los campesinos, aparceros y trabajadores agrícolas que se levantaron en armas en su contra. Las alianzas militares norteamericanas, los oficiales norteamericanos entrenados, la ayuda y el equipo militar norteamericanos y, finalmente, las fuerzas armadas norteamericanas se han utilizado por separado o en combinación en contra del campesino de la sierra peruana, los trabajadores del norte de Angola y los agricultores arrendatarios del delta del Mekong, en Vietnam. Este libro no explica ni puede explicar por qué decimos ayudar a los terratenientes en lugar de a los agricultores, aunque sí intenga explicar la desesperada necesidad de los terratenientes por recibir ayuda militar exterior.»

84-86), superará esta desconfianza y aumentará las posibilidades de que existan organizaciones eficazmente dirigidas. Como se ha observado, la revolución china fue diferente a las primeras rebeliones campesinas, no porque los campesinos fueran diferentes, sino porque los intelectuales que los guiaban estaban comprometidos en su causa en forma sólida y a largo plazo (Huntington, 1968, 393-394). Además este compromiso e identificación era de naturaleza dialogal, los grupos de intelectuales aprendían poco de los campesinos como éstos de los primeros (13). Por tanto, no es sorprendente que los sacerdotes de algunos países como El Salvador, Guatemala, Brasil y las Filipinas hayan demostrado recientemente que son un aliado importante de los campesinos. Su principal ventaja sobre otros tipos de intelectuales es que viven durante períodos prolongados, en forma más o menos permanente, en las parroquias del pueblo y conocen el lenguaje indígena. Una vez que están preparados desde el punto de vista ideológico para representar la voz del campesinado en contra de sus opresores, casi se convierten en cuadros revolucionarios, como indicara un sacerdote de Maryknoll (Melville, 1971).

Los movimientos campesinos organizados no se tornan revolucionarios de la noche a la mañana, sino a través de un proceso a largo plazo de escalada gradual en la que la reacción de las élites de terratenientes desempeña un papel importante. La mayoría de los movimientos campesinos se suscitaron en torno a demandas específicas relativamente moderadas, tales como mejores condiciones de arrendamiento, salarios más altos o la abolición de servicios ilegales

(13) Basil Davidson (1974, 279-282) concibe cinco reglas que las luchas de campesinos tradicionales, como aquéllos de las antiguas colonias portuguesas en Africa, deben seguir para tener éxito: 1. No debe ser una aventura militar sino que debe derivarse de una situación de opresión y explotación políticas muy graves en la localidad; 2. la movilización del apoyo y la comprensión de las masas dado que una lucha de resistencia debe pasar a ser una efectiva participación de masas; 3. la participación de los campesinos sólo puede lograrse por conjunto de quienes comparten su vida y comprenden claramente sus hábitos, idioma, esperanzas y temores; 4. si bien la lucha lleva a la participación, el sentimiento de las personas de que están luchando por ellas mismas y por sus vecinos debe prevalecer como factor dominante; 5. el liderazgo debe permanecer en estrecho contacto con la base.

semifeudales prestados a terratenientes sin recibir paga alguna a cambio. Aparentemente es más fácil iniciar una organización campesina en torno a demandas o quejas específicas que se sienten a diario y en forma continua, que en torno a cambios políticos generales como la reforma agraria. Después de que la acción organizada permite que se corrijan algunas de las injusticias más flagrantes, los campesinos se sienten más fuertes y pueden presentar demandas más extensas. La intransigencia de los terratenientes tiene una influencia radical y generalmente fortalece la cohesión del grupo y la conciencia de la necesidad de cambiar la estructura social y política en forma más o menos drástica.

Es en ese momento en particular cuando los grupos locales sienten la necesidad de ampliar el área de operación. Esta necesidad se explica y discute en las reuniones o asambleas locales, que culminan en congresos regionales o nacionales, reuniones populares o convenciones. Al congreso regional pueden asistir cientos o inclusive miles de campesinos de toda una región, quienes se vuelcan a las calles del sitio donde se celebra el congreso e impresionan a la opinión pública con su fuerza y poder para negociar. La marcha de algunos cientos de campesinos en demanda de sus derechos es un importante instrumento de presión. El congregarse en grandes números también ejerce un efecto psicológico reforzador en los campesinos mismos: les brinda un sentimiento de solidaridad, poder y dignidad nunca antes experimentado por ellos. De acuerdo con los conflictos que se traten en tales congresos o reuniones populares, se analizan y aplican ciertas estrategias. Una de estas estrategias, que se ha aplicado en muchos países, es la ocupación pacífica de un establecimiento. Cuando unos cientos de campesinos, hombres, mujeres y niños permanecen calladamente en la oficina de alguna dependencia pública y sus líderes afirman que no abandonarán el lugar mientras no se brinde una solución a los problemas expuestos, los funcionarios públicos encuentran algo difícil no atenderlos. Se tiene conocimiento de que grandes grupos de campesinos se han instalado durante días dentro o frente a alguna oficina pública hasta que sus problemas fueron resueltos debidamente. Si los problemas en cuestión son muy graves, esa medida fácilmente se convierte

en demostraciones en las que los campesinos emplean pancartas para movilizar la opinión pública en su favor.

En ocasiones, el hecho de que los campesinos se instalen frente al tribunal donde se están ventilando algunos litigios puede presionar a los jueces, a menudo hasta a los terratenientes mismos, en el sentido de decidir en favor de los campesinos en casos en los que un colega que sea terrateniente esté violando la ley. Inclusive las dependencias judiciales, neutrales, pueden necesitar alguna demostración del poder para negociar de los campesinos a manera de contrapeso contra la intensa presión ejercida por las élites establecidas para que dichas dependencias toleren prácticas ilegales, tales como tasas de arrendamiento exageradas, relaciones laborales feudales o «bajo fianza», traspaso de tierras, etc. Las organizaciones campesinas, generalmente, saben muy bien que sus demostraciones de poder deben ser pacíficas si no quieren enfrentarse de inmediato a una fuerte represión. La acción radical por parte de los campesinos se ha presentado, casi siempre, en respuesta a los intereses provocativos de terratenientes por esparcir sus propiedades a través del desalojamiento de campesinos de tierras que han poseído o trabajado durante años. En otros casos, esa acción radical se ha debido a la persistente renuncia de los terratenientes a negociar o, por lo menos, analizar las legítimas demandas de los campesinos con respecto a las condiciones de arrendamiento o los salarios.

Una forma radical e importante de negociación que emplean los campesinos una vez que se han organizado bien ha sido la «invasión», «ocupación» o «recuperación» de la tierra en forma pacífica. Las tácticas que se aplican varían de un área a otra. Cuando los campesinos siguen ocupando la tierra que han trabajado durante años en arriendo, pero que el propietario, a menudo contra la ley, quiere cultivar por sí mismo en forma mecanizada, o cuando los campesinos se rehúsan a abandonar un pedazo de terreno a petición del dueño sin que se les otorgue la indemnización apropiada por las mejoras practicadas al terreno, no se puede hablar de «invasión».

No obstante, lo anterior lo hacen con frecuencia los te-

rratenientes, las autoridades o bien la prensa, que a menudo está en su favor. En muchos países los campesinos tienen la ley de su lado oficialmente en tales casos, pero no siempre aquéllos que hacen que se cumpla la ley.

Si bien las invasiones de tierras, de acuerdo con algunos expertos, deben «considerarse propiamente como acciones revolucionarias» (Deal, 1975, 434), que generalmente incluyen violencia, estudios cuidadosos de muchos casos en los que se aplicó esa estrategia revelan que la mayoría de las invasiones de tierras se utilizan deliberadamente como una estrategia de desobediencia civil no violenta. El hecho de que tales acciones se enfrenten a menudo con la opresión desproporcionadamente violenta de los terratenientes, casi siempre con el apoyo del aparato del Estado, y a raíz de la cual se suscitan pérdidas humanas entre los campesinos, hace que estos últimos tomen conciencia de la necesidad de modificar toda la estructura del poder (en una forma revolucionaria si fuera preciso) para conseguir que sus demandas reciban un trato justo (Huizer, 1972, 1980). La violencia de los campesinos casi siempre es un último recurso contra la violencia de las élites, no al revés, como observara Gough (1976: 10) con respecto a la India.

La lección interesante que se desprende de la experiencia de la India es que formas más o menos sofisticadas de lucha como el boicot y otras formas de desobediencia civil (satyagraha), que se dio a conocer en el mundo entero a través de las actividades de Mahatma Gandhi durante las primeras décadas de este siglo, ya se practicaban en algunas aldeas durante la primera mitad del siglo XIX. Lo mismo se ha observado con respecto a formas de lucha como las tácticas guerrilleras, que se han venido practicando por parte de campesinos rebeldes a través de varios siglos. Se sabe (Desai, 1979) que muchos sucesos de esa naturaleza fueron distorsionados por los relatores (generalmente urbanos o coloniales) de la época, pero también —con algunas excepciones— por las crónicas y los estudios históricos. Habían sido descuidados abiertamente por las ciencias sociales académicas hasta hace poco. Cuando se daban a conocer esos acontecimientos se exageraban a menudo las implicaciones de

violencia (en particular la empleada por los campesinos) y se les plasmaba como atropellos o delitos mientras que no se describía así la violencia desplegada por las autoridades o quienes ejerzan algún poder.

Hasta la fecha, ciertas comunidades indígenas y grupos «tribiales» de muchos países han ocupado eficazmente las tierras sobre las que tienen títulos antiquísimos, tras muchos años de infructuoso litigio en los tribunales. Dicha ocupación puede consistir en que los miembros de la comunidad construyen viviendas simbólicas en las tierras «recuperadas», en arar la tierra o pacer su ganado en la misma. Calificar tales acciones de violentas y tratar de restablecer el *status quo* anterior con la ayuda de la policía o de las fuerzas armadas y con frecuencia circunviniendo la ley ha costado las vidas de muchos campesinos y no ha resuelto el problema básico. La represión brutal puede hacer ver a los campesinos que la defensa propia, con las armas en la mano, parecer ser el único recurso que queda para defender los derechos humanos fundamentalmente. En esta forma surgir una fuerte conciencia revolucionaria: campesinos que exigen cambios radicales en la estructura del poder, en el ámbito rural o incluso a escala nacional.

En resumen, las estrategias aplicadas —consciente o intuitivamente— para crear movimientos de masas incluyen, en un principio, la organización en pequeña escala en torno a las inconformidades locales; la expansión de dicha organización cuando la resistencia de las élites demuestra que la acción en pequeña escala es demasiado débil; el apoyo de aliados urbanos en el esfuerzo por ampliar el alcance y la escala; la represión más organizada por parte de las élites y/o las autoridades locales da lugar a que las demandas menos importantes aumenten su alcance y constituyan una presión para modificar en forma global la estructura rural del poder, como la reforma agraria; la utilización de estrategias más radicales, pero deliberadamente no violentas de desobediencia civil (tales como las invasiones de tierras) si las leyes vigentes no se ejecutan en forma apropiada; si la represión sigue aumentando, es posible que con el tiempo los campesinos se den cuenta de que el sistema, como un todo,

es ilegítimo y unan esfuerzos para derrocarlo, si es preciso mediante una revolución violenta (14).

Si bien estos procesos evolucionan en forma gradual, una etapa tras otra; al mismo tiempo son dialécticos, se intensifican rápidamente o se interrumpen (de manera temporal) de acuerdo con la intensidad de la intransigencia o la tolerancia de los que están arriba.

EL PAPEL DE LAS CAMPESINAS

En la extensa literatura que existe sobre los campesinos, se puede apreciar los prejuicios implícitos más sexistas o masculinos de las ciencias sociales. Se ha puesto muy poca atención al hecho de que casi la mitad del campesinado está formado por mujeres, y que en algunas sociedades las campesinas se encargan de los aspectos más importantes de la agricultura dentro del ámbito de su subsistencia. Desde la aparición del libro de Ester Boserup (1970) «El papel de la mujer dentro del desarrollo económico», se dio el primer paso para corregir estos prejuicios, especialmente por parte de las expertas en este campo. Debido a que la mayoría de los expertos interesados en los movimientos campesinos (entre los que me incluyo) hemos descuidado la participación de las mujeres en dichos movimientos, existe muy

(14) Como señalaran atinadamente Cohen, Gutkind y Brazier (1979, 12-13), el hecho de que los campesinos hayan representado un papel crucial en las revoluciones de las últimas décadas no debería conducir a que una tendencia proletarista «ortodoxa» sea reemplazada por una nueva ortodoxia con los campesinos como la vanguardia revolucionaria de la humanidad (como parecen sugerir algunos expertos, entre los que se cuenta con Barrington Moore y Eric Wolf). Es la combinación de campesinos (con frecuencia la mayoría del pueblo) y fuerzas de otras clases, proletarias en primer término, pero también elementos de agrupaciones de la clase media (maestros, sacerdotes, abogados, para mencionar unas cuantas) la que representa un papel esencial.

Se puede observar fácilmente la forma como han prevalecido los prejuicios masculinos en los estudios realizados sobre el campesinado y el trabajo de desarrollo rural cuando se estudian los programas de extensión agrícola de cualquier lugar. Estos prejuicios sobre el desarrollo rural han perjudicado la posición ya subordinada de las campesinas de muchas regiones. Véase, por ejemplo, la serie de documentos presentadas para la Conferencia de las Naciones Unidas del Año de la Mujer, 1975, México; v. g., Naciones Unidas. El papel de la mujer en el desarrollo rural, preparado por la Organización para la Agricultura y la Alimentación para la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer. Ciudad de México, 19 de junio al 2 de julio de 1975, doc. E./C. O. N. T., 66/B. P./II.

poco material sobre el tema; este tema sólo se puede tratar en una forma superficial. Teóricamente se podría hacer una distinción entre las campesinas y las mujeres de los campesinos, refiriéndose el primer término a las mujeres que se dedican a la agricultura, y el segundo a las mujeres de los campesinos, quienes se dedican únicamente a las labores propias del hogar. Debido a que en realidad la diferencia que existe entre estas dos categorías es gradual en algunos países, temporal en otros y que en otros no llega a apreciarse, puesto que las mujeres realizan comúnmente dos o más actividades, en esta ocasión utilizaremos los términos en forma indistinta.

Como lo señaló Claudi Von Werlholf (1976), existen ciertos paralelos entre la forma como se explotan a los campesinos y a las campesinas; pero también señaló que generalmente se explota doblemente a la campesina; en primer lugar por parte de quienes explotan a los campesinos, y también por la actitud patriarcal de sus propios hombres. En el contexto del destino común de los campesinos y de las campesinas, podríamos decir claramente que debido a esta doble explotación las campesinas son más desconfiadas que los campesinos a toda intervención externa, como sucede con la intervención de las agencias oficiales de desarrollo (15). Es así como en el caso de México las mujeres demostraron una menor confianza que los hombres en el «gobierno».

La subordinación de las campesinas —y su estrategia de resistencia activa o pasiva— varía de una sociedad a otra. En las sociedades agrícolas «menos desarrolladas» que cuentan con una agricultura de subsistencia realizada por las mujeres y una tenencia comunal de tierra, la opresión de

(15) Se puede observar fácilmente la forma como han prevalecido los prejuicios masculinos en los estudios realizados sobre el campesinado y el trabajo de desarrollo rural cuando se estudian los programas de extensión agrícola de cualquier lugar. Estos prejuicios sobre el desarrollo rural han perjudicado la posición ya subordinada de las campesinas de muchas regiones. Véase, por ejemplo, la serie de documentos presentadas para la Conferencia de las Naciones Unidas del Año de la Mujer, 1975, México; v. g., Naciones Unidas. El papel de la mujer en el desarrollo rural, preparado por la Organización para la Agricultura y la Alimentación para la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer. Ciudad de México, 19 de junio al 2 de julio de 1975, doc. E./C. O. N. T., 66/B. P./II.

las mujeres parecer ser mucho menos severa que en las sociedades con una agricultura más desarrollada en el aspecto técnico, la tenencia privada de tierras y cultivos comerciales.

En las sociedades en las que existe una agricultura capitalista de pequeña o de gran escala, las relaciones entre los hombres y las mujeres del sector más pobre del campesinado suelen ser menos desiguales que en aquellos sectores en mejores condiciones. En aquellas sociedades en las que las campesinas comprenden una gran parte de la mano de obra rural y que resultan ser más «visibles», se deberían hacer comparaciones entre las mujeres rurales más necesitadas, quienes trabajan en su totalidad en las faenas del campo, y las menos necesitadas, quienes permanecen en sus hogares, mientras que hombres y mujeres de otras clases sociales realizan el trabajo en su propiedad familiar.

La medida de la «visibilidad» (baja o alta, intra o extra-familiar) de las mujeres rurales resulta ser un criterio sumamente importante para su potencial de organización. Las sociedades rurales se han clasificado de acuerdo con este criterio y se ha podido demostrar que en algunas sociedades las mujeres sólo participan en una forma marginal o parcial dentro de la agricultura, como sucede en algunos países del Oriente Medio, en donde permanecen en sus hogares (Naciones Unidas, 1975). Sin embargo, hasta esta «invisibilidad» no siempre se practica en forma constante y no quiere decir que no se explote doblemente a estas mujeres.

En lugar de condenar o ignorar las actitudes aparentemente pasivas pero potencialmente radicales de las mujeres, se podrían apreciar en su contexto como formas apropiadas de supervivencia dentro de un clima sumamente opresor. Las mujeres más pobres parecen tener un arsenal mucho mayor de fuerzas para sobrevivir bajo condiciones completamente adversas que los hombres de las mismas condiciones y —quizá precisamente por lo mismo— tienen un mayor potencial de resistencia cuando existe la posibilidad de expresarlo, como en el caso de una lucha revolucionaria.

Existen ciertas pruebas de que durante años, hubo en China cierto tipo de contracultura orientada hacia la mu-

jer, o quizá hasta fuera feminista en una forma más o menos organizada. En ocasiones las mujeres representaban un papel muy importante dentro de los movimientos rebeldes o revolucionarios que en cierto grado llegaban a beneficiar a las mujeres como tales. Como señaló Wolf (1969, 112), sobre las sociedades secretas que se oponían al confucianismo durante siglos en China: «La mayoría de estas sociedades secretas eran notablemente feministas y se oponían al pensamiento de Confucio, que establecía el yang masculino sobre el yin femenino, las sociedades secretas se inclinaban a conceder una condición igual a las mujeres.» Estas sociedades facilitaron enormemente el establecimiento y la orientación del Partido Comunista. También en la Rebelión Taiping (1850-1865) hubo avances e influencias feministas dentro de la condición de las mujeres (Wolf, 1969, 122-123).

Hace casi 20 siglos ocurrió en Vietnam una contracultura similar de resistencia femenina. Allí la invasión China y la introducción del confucianismo habían disminuido considerablemente la condición de la mujer; pero en este caso hubo un fuerte movimiento de resistencia y las propias mujeres representaron un papel sumamente importante.

Algunas de las insurrecciones de las masas fueron dirigidas por mujeres. En el año 40 d. C., dos hermanas, Trung Trao y Trung Naj, dirigieron a miles de hombres y mujeres en una revuelta. Se convirtieron en heroínas legendarias que todavía son veneradas hasta la fecha. Lo mismo sucedió con la campesina Trieu Thi Triha, quien encabezó una insurrección en el año 148 d. C. Se ha podido apreciar que las mujeres de Vietnam han seguido actuando así hasta el momento. Los logros admirables de las mujeres vietnamistas, en su mayoría campesinas, en la lucha en contra de los colonos franceses, del corrupto régimen de Diem y del ejército norteamericano, así como en la «lucha interna», como se la llamó, en contra de la «ideología feudal» entre su propio pueblo, ya se han descrito ampliamente (Eisen Bergman, 1975). Como una razón para explicar el potencial de la resistencia revolucionaria entre las campesinas de Vietnam, se señaló lo siguiente: «Las campesinas mantuvieron una corriente oculta de resistencia, posiblemente porque se afanaban jun-

to con sus hombres en los campos y se encontraban menos recluidas que las clases más altas. Las canciones folklóricas muestran una resistencia común a la opresión (Rowbotham, 1974, 208). El «sistema clandestino indígena de organización a largo plazo» (Rowbotham, 1974, 212) que las campesinas vietnamitas pudieron demostrar es un indicio de que puede existir una fuerza latente en un pueblo al que generalmente se le considera como pasivo. Esta fuerza latente se puede encender repentinamente cuando se deterioran las condiciones de los campesinos pobres, y especialmente de las campesinas, como sucede en la actualidad en una forma notable en África y en la India.

En la mayoría de los países africanos, gran parte de los productores agrícolas o labradores está formada por mujeres. Ellas producen principalmente los alimentos para subsistir y ciertos excedentes para intercambiar en el mercado local. Cuando se introdujo la producción de cultivos comerciales para el mercado mundial, especialmente a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, los hombres se dedicaron más a la producción agrícola directa, mediante el trabajo obligatorio o mediante la obligación de pagar impuestos que se instituyeron por primera vez (la que era una forma indirecta de obligar a los campesinos a participar dentro del mercado de la economía capitalista). En algunos casos las mujeres, las campesinas, también se vieron forzadas a participar en nuevas formas industrializadas de producción agrícola. Ya que los hombres se encargaron de la mayor parte de los cultivos comerciales se deterioró la situación de las mujeres (Poserup, 1970).

Parece ser que en África, más que en algún otro lugar, las mujeres se han estado organizando solas en contra de esta tendencia, y en ocasiones han contribuido a una causa totalmente nacionalista. Esto sucedió cuando existía una tradición de algún tipo de organización femenina. En 1929 ocurrió en Nigeria una rebelión de 10.000 mujeres en contra de los impuestos que habían sido introducidos por las autoridades coloniales. También en este caso existía la tradición de ciertas formas de organización entre las mujeres de los mercados, como lo señala Judith Van Allen (1972,

1965): «Ellas participaban como individuos en las reuniones de sus aldeas junto con los hombres. Pero su verdadera fuerza política se basaba en la solidaridad de las mujeres, como lo expresaban en sus propias instituciones políticas, en sus “reuniones” (mikiri o mitiri), sus organizaciones en los mercados, sus grupos de parientes y sus derechos a utilizar huelgas, boicots, así como la fuerza para llevar a cabo estas decisiones.» Ritzenthaler (1960) describió otro ejemplo: el levantamiento de las mujeres de Kem, en 1958, en la provincia de Bamedá, Camerún, que tenía implicaciones políticas nacionales, pero que se habían iniciado como una forma de *anlu*, una técnica disciplinaria que utilizaban las mujeres en forma colectiva siempre que se les ofendía. Excepto por aquellas sociedades y culturas en las que las mujeres tenían la tradición de mantener algunos tipos de agrupaciones o de organizaciones propias, como en los casos antes mencionados, difícilmente podemos encontrar alguna evidencia de que las campesinas se organicen *para su propio beneficio* en contra de la subordinación por parte de los hombres con la ayuda de otra clase social que no sea la suya. Se han realizado muy pocas investigaciones sobre este tema. Debido a la doble represión que se realiza en su contra, no resulta nada sorprendente que cuando los hombres de condiciones precarias se vuelven activos y se organizan para protestar en contra de la tendencia que existe hacia la pauperización, las mujeres se unan en ocasiones a estos movimientos y a menudo contribuyan a su radicalización. Esto sucedió en la India (especialmente en varias regiones tribales) (16) y en algunas comunidades indígenas de las montañas andinas (Neira, 1964), en donde todavía existía una tradición de la «visibilidad» de las mujeres.

(16) En cuanto a la literatura general que existe sobre la lucha de las campesinas en la India, véase: Gail Omvedt. «Rural Origins of women's Liberation in India», *Social Scientist* (Trivandrum), vol. 4, núm. 4/5, nov/dic. 1975 (ejemplar especial sobre la mujer); Gail Omvedt, «Women and Rural Revolt in India», *Social Scientist* (Trivandrum), 1 parte en el núm. 61, agosto 1977, parte II en el núm. 62, sept. 1977; María Mies, «Indian Women and Leadership», *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, vol. 9, 1977. Para un resumen interesante de los diferentes informes y estudios sobre la participación de las mujeres en los movimientos campesinos y similares de la India, véase: Ruth Erlberck, *Frauen in Indien*, Verlag Frauenpolitik, Münster (Alemania Occidental), 1978, pp. 93-120.

En el caso de la India, Gail Omvedt (1977) describe la tendencia que existe a la proletarización de los campesinos y el especial empeoramiento de las condiciones de las campesinas con estadísticas muy completas: «Por lo que mientras que las mujeres y los hombres (pero más los hombres que las mujeres) eran empujados de la condición de campesinos pobres a la dependencia de mano de obra asalariada como la principal fuente de ingresos, tanto los hombres como las mujeres (pero más las mujeres que los hombres) quedaban marginadas aún del trabajo agrícola regular hasta llegar a no poder encontrar ya suficiente trabajo no calificado como para que se les pudiera considerar como trabajadores dentro de una extensa definición censal de participación liberal.»

Ella nos demuestra entonces que las mujeres desempeñan un papel muy importante en las acciones de protesta y entre los grupos de campesinos más desesperados y necesitados. La militancia de las mujeres pobres llamó enormemente la atención de los líderes de las organizaciones de partido y de la clase marxista socialista y comunista independiente, quienes emperazon a poner más atención en los problemas de la especial opresión de las mujeres. Como parte del empeoramiento de las tensiones rurales en la India, en una región del distrito de Thanjavr de Tamil Naud, en donde los terratenientes de la aldea de Kilvenmani habían quemado a 42 mujeres, hombres y niños, después de encerrarlos en una choza, se observó (Omvedt, 1977, 34): «El trabajo se empezó a enfocar en las mujeres, y los organizadores informaron que mientras que las mujeres siempre habían participado en la lucha, la formación de comisiones femeninas aisladas daban una oportunidad para desarrollar realmente su entusiasmo y su liderazgo. Seis años después del incidente de Kilvenmani, en diciembre de 1974, se llevó a cabo la primera reunión de la Federación Democrática Femenina de Tamil Nadu, un frente C. P. I. (M), a 12 millas del lugar, con la participación de 70.000 mujeres en su reunión de clausura. Las trabajadoras harianas del distrito de Thanjavur fueron la fuerza principal, y la marcha de las mujeres de Kilvenmani representó una especial militancia en esta reunión.»

Al observar la militancia de las mujeres se consideraron también los temas de «liberación» y se integraron dentro de la lucha general de clases, como se describió en el caso de las agitaciones sobre los trabajos de auxilio (construcción de presas y carreteras) para las masas de desempleados de Maharashtra (Omvedt, 1977, 35): «Las mujeres eran la mayoría de los trabajadores para estos proyectos y se señalaron como las más militantes dentro de las manifestaciones. Ellas iniciaron muchos movimientos, entre los que se incluyen ghe-raos y bloqueos de los caminos. No fue muy difícil encontrar los motivos: las mujeres eran las que se enfrentaban directamente a los problemas de los costos y a la frecuente escasez de los alimentos, por ser las encargadas del consumo, así como al trabajo agotador, a la despreciable tiranía y a la frecuente corrupción de los oficiales supervisores. Uno de los resultados fue la importante atención que se le prestó al tema del trabajo y al de una paga equitativa. Como en cualquier otra parte de la India; las mujeres de Maharashtra regularmente obtenían un salario menor por su trabajo en el campo que el que percibían los hombres, e inicialmente también recibían una menor paga en los proyectos de urgencia; pero para el año de 1973, el Gobierno les concedió una paga igual; y la militancia de las mujeres en la época de la hambruna llevó directamente al reconocimiento por parte del Estado de su derecho a trabajar, así como a percibir el mismo salario o pago.»

María Mies (1976) describe otro movimiento campesino indio con una participación femenina muy marcada y aparentemente decisiva, el Movimiento Shahada del Estado de Maharashtra. Como en la mayoría de los movimientos campesinos, éste surgió debido a un agudo malestar; en este caso, por las vejaciones que habían sufrido campesinas «tribales» (adivasi) por parte de los terratenientes. Una vez que el movimiento obtuvo una fuerza organizativa, se denunciaron las formas ilegales de explotación. Cuando fracasaron todos los procedimientos legales, se extendió la organización y en una importante conferencia campesina se formularon demandas tales como el retorno de las tierras que pertenecían por derecho a los campesinos «tribales». Mediante una presión efectiva, el movimiento obtuvo un reconoci-

miento y diferentes tipos de mejoras. Sin embargo, se le reprimió al final.

Como lo señaló Mies (1976, 481-482): «El rápido desarrollo del movimiento es un indicio del hecho de que los llamados campesinos ignorantes y «apáticos» se pueden movilizar y politizar rápidamente cuando se organizan y ven una verdadera oportunidad de salir de los siglos de opresión y de miseria en que han vivido. En este proceso de aprendizaje, “el sector más débil” de la sociedad rural, el de las campesinas pobres, comprobó ser una fuerza motriz para todo el movimiento, un hecho que sería vital para el pensamiento marxista.»

Deberíamos subrayar que los movimientos descritos por Gail Omvedt y María Mies ocurrieron en sectores en los que había cierta tradición de «visibilidad» de las mujeres como trabajadoras agrícolas. También en otras circunstancias de movimientos campesinos de la India se ha podido observar la actitud militante de las mujeres de la India. Uno de tales casos fue la participación de las mujeres en una violenta lucha de campesinas de la región Telengana de la India a fines de los años cuarenta, sobre la que el líder Sundarrraya (1972, 328) señaló:

«La historia de su resistencia heroica y persistente en la defensa de su dignidad personal, en contra de las vejaciones, torturas y violaciones, fue sumamente inspiradora. Su despertar a una nueva igualdad social, a una nueva vida moral y cultural, si indomable actitud combatiente fueron un ejemplo de ese tremendo espíritu revolucionario y de la energía latente de nuestras mujeres oprimidas económica y socialmente. Si sólo hiciéramos un mínimo esfuerzo por permitirles surgir del antiguo cascarón de tradiciones y tratáramos de canalizarlas hacia la apropiada dirección revolucionaria, ¡a qué poderoso levantamiento nos conducirán!»

La mayoría de los movimientos femeninos de lucha organizada han surgido como contribuciones a una mayor escala de levantamientos tales como las rebeliones campesinas, los movimientos de liberación nacional, o las revoluciones dirigidas por los hombres. Sheila Rowbotham (1974)

describe como ejemplos la participación de las mujeres en los movimientos revolucionarios y de liberación de Rusia (cuando se convirtió en la Unión Soviética), China, Cuba, Argelia y Vietnam. Consideró sumamente importante el papel de las mujeres en dichos movimientos, de tal forma que en los períodos más críticos y cruciales la lucha llega a un clímax cuando se permitía o estimulaba a las mujeres a realizar una importante contribución, rompiendo con los patrones tradicionales de participación.

Sin embargo, se sabe a ciencia cierta, y no rara vez ocurrió, que después de que surgía un tremendo levantamiento, la liberación de la mujer todavía está muy lejana, especialmente si se retira el enemigo común contra el que luchan los hombres y las mujeres conjuntamente, como sucedió después de que los colonialistas franceses abandonaron Argelia. El hecho de que en Argelia el movimiento revolucionario anticolonial no trajera consigo grandes reformas dentro de la posición subordinada de las mujeres se puede relacionar con el hecho de que este movimiento recibió la marcada influencia de los restauradores reformistas del Islam y de las tradiciones árabes que representaban el campesino medio (Wolf, 1969, 230).

Las demás revoluciones campesinas antes mencionadas suponían el beneficio de la mayoría de los campesinos más pobres, a los que se consideraban como el punto de referencia, en lugar de beneficiar a los campesinos medios o ricos, aunque éstos también participaban inicialmente dentro de un papel crucial. Probablemente no resulte del todo accidental que en estos casos, en los que después de alguna forma de revolución se distribuían enormes trechos de tierra entre los campesinos más necesitados en forma individual, cooperativa, de usufructo o colectividad, la posición de las campesinas ha mejorado hasta cierto grado, y en algunos casos en una forma considerable (Croll, 1978, 239 f).

Como lo señaló Judith Stacey (1979) en el caso de China: «Aunque la lucha por la emancipación de la mujer nunca fue tan directa ni tan militante como la lucha por la reforma agraria, las mujeres de las regiones liberadas obtuvieron importantes beneficios de estos dos programas durante

la Guerra de la Liberación. La reforma agraria le concedió a las mujeres derechos iguales a la tierra, que fue la primera condición para la independencia económica de las mujeres campesinas. Las mujeres, quienes rápidamente entendieron las implicaciones que tendría una reforma agraria para su condición dentro de la familia, participaron activamente en las luchas de reforma.»

Las mejoras de la situación de las mujeres en los países recientemente liberados de la opresión colonial mediante luchas campesinas armadas, como en el caso de Angola, Mozambique y Guinea Bissau, parecen confirmar la tendencia que se ha señalado de que las mujeres campesinas lograron cierto estatus en donde los campesinos más pobres son la principal fuerza motriz del movimiento.

En todos estos casos se establecieron sistemáticamente movimientos y organizaciones femeninas como un apoyo o una contribución a una lucha de liberación anticolonial o similar. No se sabe mucho sobre la forma precisa en que esto está ocurriendo. Por lo general, las mujeres se integraban primero en forma individual como un apoyo o como combatientes dentro de la lucha de resistencia encabezada por los hombres; pero esto les daba frecuentemente la oportunidad de iniciar sus propias organizaciones femeninas. Esto ha sucedido en los movimientos de liberación de China, Vietnam, Mozambique, Guinea Bissau, y en la actualidad en Nicaragua, Namibia y en otros países en los que se está o se estaba llevando a cabo una lucha de liberación armada (17).

(17) Empieza a formarse una literatura sobre este tema: *Women in the Struggle for Liberation*. World Student Christian Federation Book Series, vol. III, núm. 2/3, 1973, con breves artículos sobre diferentes movimientos; *Isis International Bulletin*, núm. 3, abril 1977, sobre Guinea Bissau, Tanzania, Sahara Occidental, Zimbabwe, Timor del Este; Hilda Bernstein, *For their Triumphs and their Tears, Women in Apartheid South Africa*. Fondo de Ayuda y de Defensa Internacional, Londres, 1975; *Women and Revolution in Oman*, Gulf Comittee, Londres, 1975; Stephanie Urdang, *A Revolution within a Revolution: Women in Guinea-Bissau* New England Free Press, Somerville, Mass; una interesante descripción sobre la participación de las mujeres en el movimiento de liberación de Mozambique y de Cuba se puede encontrar en A. Hoogenboom y A. Voets, *Geen Gemakkelijke Overwinning. Vrouwen en Bevrijdingsbewegingen* (una victoria nada fácil. Movimientos Femeninos y de Liberación), Amsterdam/nijmegen, M. A. Thesis, 1977).

Siempre que los movimientos de resistencia popular con una marcada participación de campesinos (y de mujeres campesinas) no llevó a una redistribución radical de las mayores tierras entre todos los pobres, la situación de las mujeres continuó siendo la misma, con la misma subordinación que antes, como sucedió en México, en Bolivia, en la India y en Argelia después de que había terminado la lucha por la descolonización. Estos hechos necesitan un estudio y una interpretación más profundos para llegar a conclusiones que resulten útiles para actuar.

Dentro de este contexto sería válido investigar si hasta la fecha la pasividad (¿aparente?) de las campesinas en la mayoría de las sociedades, además de los factores culturales que le restan importancia a cualquier participación de la mujer se debe también en parte a la atrevida consideración y escepticismo por parte de las propias mujeres en el juego por la obtención del poder en el que se involucran los líderes campesinos, muchas veces a pesar de sus propios deseos, y que causa que muchos movimientos se vuelvan reformistas o moderados en el momento en que parecían volverse fuertes e importantes, como en el caso de los movimientos de México y de Bolivia.

En donde los movimientos e intentos de reforma se limitaban o se aplastaban violentamente, las mujeres participaron en una forma relativamente importante, como sucedió en China, Vietnam, Guinea Bissau y Mozambique, aparentemente para el beneficio de sus propias posibilidades y para poder alcanzar, por lo menos, cierta medida de liberación, como fue el acceso a la tierra.

El potencial de las mujeres de conceder a los movimientos una perspectiva radical y revolucionaria fue observado por Eleanor Leacock (1979: 132):

«Precisamente porque la opresión de las mujeres está tan arraigada dentro de toda la estructura económica, política y social de la sociedad capitalista, a tal grado de que las mujeres se organizan alrededor de los problemas a que se enfrentan, ellas pueden unificar diversas luchas para la liberación nacional y clasista. Las mujeres del Tercer Mundo,

tanto en las naciones “desarrolladas” como en aquellas en “vías de desarrollo”, desempeñan un papel muy importante. La misma totalidad en su opresión significa que cuando inicien un movimiento para cambiar su situación, ellas se desplazan en contra de toda la estructura de explotación.»

¿REFORMA O REVOLUCION?

Existe una importante interrogante sobre la forma como se han neutralizado o adoptado tantos movimientos campesinos, y en lugar de triunfar con un cambio radical en las relaciones de poder de los países involucrados se convirtieron más o menos en parte de un antiguo o nuevo sistema después de realizar ciertas adaptaciones (en algunos casos reformas considerables) en la tenencia de las tierras y en la estructura del poder nacional. El hecho de que algunos movimientos campesinos se vuelvan reformistas y que otros se vuelvan revolucionarios depende sólo en parte del tipo de sistema agrícola del que han surgido (Mintz, 1974; Paige, 1975) o cambian dentro de ese sistema (Scott, 1976), pero principalmente de la dialéctica de la lucha en que participan. Algunos movimientos que eran originalmente reformistas se convirtieron en revolucionarios debido a la despiadada opresión que sufren, lo que hace dudar a los campesinos sobre la legitimidad de todo el sistema político de su país, como sucedió en el caso de Cuba (Huizer, 1978). Por otra parte, los movimientos campesinos que en su momento de florecer tuvieron un fuerte impacto en sus países, como sucedió en México y en Bolivia, se adaptaron al sistema político establecido después de que la tierra se había distribuido enormemente dentro de un contexto reformista (Huizer y Stavenhagen, 1974).

La flexibilidad política de nuevas o antiguas élites, o las presiones de los importantes intereses extranjeros, pueden influir en estos procesos dialécticos.

Para el interés de los movimientos campesinos se debería prestar una atención especial a las fuerzas a las que se deben enfrentar los movimientos de los campesinos (y de las

mujeres campesinas) si se quiere tener cierto éxito: la adaptación o la aceptación del sistema lleva a una gradual neutralización. En lugar de que las élites del poder utilicen para defender el *status quo* del poder y las relaciones de propiedad, a menudo son lo suficientemente sofisticadas como para utilizar métodos más suaves. Por lo que los movimientos campesinos radicales se han transformado en ocasiones en partidarios del sistema y se han neutralizado mediante la corrupción y la aceptación. Esto sucedió al institucionalizar las organizaciones campesinas dentro de la estructura política.

Muchos factores intervienen para determinar si un movimiento tomará un cauce revolucionario o reformista y son muy difíciles de establecer enunciados generalizadores. Resulta imposible discutir ampliamente este tema dentro del contexto de este estudio, pero por lo menos debemos señalar algunos problemas relacionados con el tema, especialmente en donde los expertos hacen fácilmente todo tipo de conclusiones. Por lo que algunas conclusiones «teóricas» recientes sobre la clase o el tipo de campesino (el que posee tierras, los trabajadores de plantaciones o el campesino medio) que tiene el (mayor) potencia para una acción revolucionaria (Paige, 1975, 7-9) pueden llegar a moderarse mediante la observación de que la aguda deterioración absoluta o relativa de las condiciones hace que cualquier tipo de campesino (y muchos otros sectores del pueblo) se vuelva rebelde y agudamente revolucionario. Una importante «variable» dentro del proceso de que los campesinos se vuelvan revolucionarios es la (poca) flexibilidad de las élites en el poder y su fin (in) disposición para aceptar términos medios. Las élites tradicionalmente establecidas, especialmente si se debilitan en la competencia contra nuevas élites (v. g. empresariales capitalistas), pueden perder completamente por miedo, volverse intransigentes y provocar así a los campesinos a recurrir a formas de resistencia más radicales (Paige, 1975).

Resulta nuevamente difícil generalizar en forma teórica sobre cuales tipos de élites rurales (establecidas tradiciones industrializadas) provocan más fácilmente, por su (poca)

flexibilidad, al campesinado a actuar en una forma revolucionaria o reformista (Paige, 1975, 24-25). ¿Acaso no es la intransigencia una característica de todas las élites sociales cuando su poder se ve amenazado por campesinos organizados o por una nueva élite nacional? (v. g. burguesa) o internacional (corporaciones multinacionales), o por una contradicción interna (v. g. crisis económica) (18).

Existen pruebas fehacientes de que la mayoría de los movimientos campesinos son encabezados por los campesinos pobres, amparados por una importante contribución del campesino medio, que en ocasiones recibe el apoyo del campesino rico. La medida de radicalización depende en gran parte de la clase-base de los movimientos, la que considera como su principal orientación y marco de referencia a los campesinos más pobres —que en la mayoría de los países resulta ser la mayoría— o el campesino medio.

El campesino medio puede considerar su propia ideología y sus propios intereses como una referencia cuando asume —como lo hace a menudo— papeles importantes dentro de un movimiento campesino con bases amplias, o quizá no lo llegue a hacer. En este último caso su elección se puede basar en el discernimiento de que el unirse a los campesinos pobres puede llevar a soluciones más definitivas sobre las contradicciones agrarias. Esta elección se puede también ver influida en parte por la ideología de las urbes que dirigen el movimiento general, como sucede con los activistas de los partidos comunistas o socialistas. Si el liderazgo total cae en manos de los partidos reformistas, la orientación de los campesinos medios, o de los campesinos ricos, puede guiar al movimiento entero. Algunos movimientos han adoptado esta última tendencia después de que los aliados urbanos reformistas ayudaron a realizar una reforma agraria que resol-

(18) La observación de Deal (1975, 418) de que «el fenómeno de la intransigencia elitista ha ocurrido a lo largo de la historia y que continuará ocurriendo mientras las élites dirijan a las sociedades», podría implicar que la resistencia al cambio (de ellos mismos) es en sí una característica elitista, debido a que es una expresión de la «cultura campesina». Podríamos decir lo mismo sobre la «imagen del bien limitado» imputado por varios expertos (Foster, 1965; Paige, 1975, 30-31) a los campesinos pobres, pero que en los períodos de crisis económicas pueden caracterizar a los empresarios más modernos y sofisticados.

vió la mayoría de las extremas contradicciones de las zonas rurales, como en el caso de los terratenientes feudales y de los campesinos de cualquier tipo. Los altibajos de los movimientos campesinos en algunos de los países asiáticos en donde esto sucedió siguen casi siempre la tendencia de que las reformas agrarias, si se llevaban a cabo seriamente, tenían un efecto desmovilizante sobre los movimientos campesinos radicales (Alexandrov, 1974; Huizer, 1980).

En algunos países las estrategias reformistas de diferentes tipos han sido planeadas o llevadas a cabo por evitar que los campesinos sigan los ejemplos que se han seguido en los demás lugares con respecto a las reformas revolucionarias o radicales.

Debido a que los movimientos campesinos de China y de Cuba trajeron consigo una revolución y una redistribución radical de los medios de producción a esos países, especialmente de la tierra, las élites de los demás países sintieron la necesidad de iniciar programas que pudieran evitar que los campesinos siguieran el ejemplo chino o cubano. Estas élites fueron apoyadas o guiadas en este esfuerzo por las instituciones de las élites del poder internacional (occidental). Por lo que después de la exitosa Revolución China, la Fundación Ford y el Fondo de la Corporación Técnica Indonorteamericana ayudó a lanzar el espectacular — también en cuanto a su fracaso— programa de desarrollo de la comunidad india durante los años cincuenta. Programas de una inspiración similar fueron la Ayuda Aldeana en Pakistán y la «Reconstrucción Rural» de Taiwan y de Filipinas. Tales programas se utilizaban frecuentemente como un suplemento de acción policíaca, como en el caso de Filipinas bajo el régimen de Magsaysay, para controlar la creciente fuerza de la rebelión campesina (Huizer, 1980, 138-140; Scott, 1976, 217). Después del éxito que tuvo la Revolución Cubana, la Alianza para el Progreso, la Ayuda Norteamericana y la Fundación Rockefeller contribuyeron al desarrollo de las reformas rurales de Latinoamérica. Aunque existen muchos estudios sobre las implicaciones locales y los efectos de estos programas, apenas se ha realizado algún estudio

sobre las motivaciones que existen tras estas empresas (Spitz, 1973).

Mientras tanto, se ha observado que estos programas fracasaron en su intento por resolver contradicciones fundamentales y en contener y apaciguar al campesinado, aunque han tenido un éxito parcial a corto plazo, por ejemplo, en la India, en donde había una gran inquietud entre el campesinado durante y poco tiempo después de la lucha por la independencia, ésta se volvió a encender nuevamente precisamente después de que el programa de desarrollo de la comunidad parecía beneficiar a la mayoría de los campesinos ricos y la Revolución Verde provocó una polarización aún más marcada dentro de las zonas rurales (Ministerio de Asuntos Internos, 1969). Por lo que Kathleen Gough (1968-69, 542 ff) señaló que está ocurriendo una constante polarización, especialmente del campesinado indio. En la agricultura capitalista algunos están mejorando su posición junto con los campesinos ricos. Sin embargo, una enorme proporción sufre un deterioro relativo o absoluto. En algunas regiones de la India esto parece ser tan marcado que están desapareciendo las barreras religiosas que anteriormente mantenían aislados a los campesinos sin recursos de quienes no poseían tierras o de los trabajadores de castas inferiores. En muchas regiones esto reafirmó considerablemente el potencial organizativo y revolucionario de las masas.

En comparación con las débiles medidas reformistas como «desarrollo de la comunidad», reconstrucción rural y la Revolución Verde, se ha utilizado una política reformista más o menos radical, como una alternativa más efectiva para evitar que los movimientos campesinos o populares se volvieran revolucionarios. En algunos países como México, Japón, Bolivia, Venezuela y Perú, que en el pasado radicalizaban enormemente los movimientos campesinos, especialmente cuando se exigía una reforma agraria y la implementación de tal programa reformista en una forma radical, concedieron a los campesinos una forma de contribución dentro de la economía nacional general y los incluyeron como una fuerza política. Esto sucedió en México, especialmente en los años del régimen del populista presidente Cár-

denas (1934-1940), en Japón en 1946-47, en Bolivia 1952-53, en Venezuela alrededor de 1960-1962 y en Perú durante el régimen del presidente Velasco Alvarado (1968-75). Por lo que podríamos decir que los movimientos campesinos que eran bastante militantes antes de las reformas han sido neutralizados en una gran escala.

Sin embargo, aun en ciertos casos surgieron nuevas contradicciones dentro de las zonas rurales. Ciertas inconsistencias dentro de la legislación de la reforma agraria condujeron a la aparición de una burguesía rural de los agricultores capitalistas. Esto trajo consigo nuevas formas de polarización de la posesión de tierras en las zonas rurales, las que luego fueron apoyadas al surgir a gran escala la agricultura capitalista (Hewit, 1976). Las nuevas frustraciones que sufrieron los campesinos pobres como resultado de estas tendencias, provocaron que optaran por nuevas organizaciones campesinas no oficiales y más radicales en algunos casos (Huizer, 1972). Esto sucede a menos de que la industrialización sea tan rápida que el posible descontento campesino se apague, como sucedió en el caso de Japón y Taiwan (Huizer, 1980, cap. 3 y 4). Las dos medidas, la reforma agraria y la industrialización, tienen que complementarse y se necesitan entre sí, según concluyó un experto estrechamente relacionado con la élite de poder occidental (Huntington, 1968, 380-396). Sin embargo, mientras que la reforma agraria o la redistribución de las grandes propiedades para crear o para reforzar a una clase media de campesinos han sido recomendadas por los políticos y por los expertos (Huntington, 1958; McNamara, 1973), estas mismas personas han observado que tales reformas son difíciles de realizar sin desestabilizar seriamente —aunque temporalmente— las sociedades consideradas. En la mayoría de los países del Tercer Mundo, en los que de acuerdo con estos círculos estas reformas se necesitan urgentemente para conseguir una estabilidad a largo plazo (y la seguridad de invertir), el gobierno o la ley están en manos de los intereses de los terratenientes. Por lo que resultan más bien improbables las reformas pacíficas pero sumamente radicales, y de hecho rara vez han tenido éxito, a menos de que se realicen bajo una fuerte presión externa (principalmente de los Estados Unidos), como

en los casos de Japón, Taiwán y Corea del Sur. Existen considerables evidencias de que las reformas con tendencias indiferentes, como las de la India después de la Independencia, Filipinas (1953 y los años siguientes), Chile (1964-1970) y Perú (1968-1975) son contraproducentes desde el punto de vista del «orden político». Pueden llegar a neutralizar las protestas campesinas durante cierto tiempo, pero muy pronto provocarán que (re) surjan movimientos campesinos más radicales.

Otro efecto de la reforma agraria indiferente e inconsistente es que no beneficia suficientemente a la mayoría de aquellos que no poseen tierras, sino principalmente a una nueva clase de campesinos ricos o medios, de tal forma que surgen nuevas formas de polarización en las zonas rurales entre quienes no poseen tierras y esta clase, una contradicción que no es fácil de resolver. Se sabe que puede ser difícil reformar un sistema en el que se debe comprar o compensar a una clase relativamente pequeña de muy ricos, pero «si por otra parte, la reforma agraria requiere del despojo de una clase mucho mayor de terratenientes medios o kulaks, los problemas a que se enfrentará el gobierno serán mucho mayores» (Huntington, 1968, 385).

Entre los ejemplos podemos señalar ciertas zonas de Perú y de Bangla Desh. En ciertas partes de Perú la reforma agraria ha conducido rápidamente a las nuevas contradicciones que existen dentro del campesinado: en el valle de Convención ciertas desigualdades estructurales que existían bajo el sistema hacendario entre los campesinos medios (arrendatarios) y los campesinos pobres (allegados) se institucionalizaron después de que estas categorías, tras una lucha unida, había logrado una redistribución de las haciendas. Esto sucedió con el programa de reforma agraria bajo el gobierno del presidente Belaúnde entre 1964 y 1968, el que subrayaba la propiedad privada de la tierra.

En los siguientes años surgió en el valle de Convención un nuevo tipo de polarización entre los antiguos arrendatarios como una «nueva burguesía» y la mayoría de los campesinos pobres, creándose así un considerable potencial de conflicto. La antigua federación campesina militante a conti-

nuado funcionando hasta cierto grado como un sistema proteccionista dominado por los campesinos medios (algunos de los cuales se volvieron bastante ricos) que desmovilizó a la mayoría de los campesinos menos privilegiados. Después de que se desgastó el impacto de esta organización, gradualmente han surgido otros esfuerzos de movilización más radicales a través de otras organizaciones. Quizá empiecen de nuevo a exigir reformas agrarias radicales que serán más difíciles de poner en práctica.

Otro ejemplo reciente en el que los esfuerzos de desarrollo rural, apoyados por el Banco Mundial y otras agencias internacionales y bilaterales, benefician a los campesinos medios y están tratando de «sobornar» al creciente número de personas sin tierras es en Bangla Desh. Las desigualdades agrarias que existían y que fueron determinantes para la obtención de insumos tales como aguas de riego y crédito, continúan sin ninguna alteración. Casi la mitad del campesinado, que no tenía tierras suficientes o que no las tenía del todo, obtuvo la posibilidad de una tenencia a través de alguna forma de cooperativa que controlaba básicamente a los terratenientes —temporales e inseguros— en lugar de representar sus intereses a largo plazo. Debido a que el porcentaje de esta categoría alcanzará un 75 por 100 a finales de este siglo, todavía existe la frustración y el potencial para un cambio radical (Das, 1979). Tal política puede posponer la lucha para obtener soluciones más radicales y nos preguntamos si se le elige debido a que las medidas de reforma efectivas no son fáciles de lograr políticamente en la actualidad, o que se ha descuidado el considerar los riesgos a largo plazo.

Los motivos que existen tras la política de las principales agencias de desarrollo rural del mundo occidental son difíciles de descubrir y aparentemente no son siempre consistentes. Ernest Feder (1975, 1979), un crítico renombrado de las políticas del Banco Mundial, demuestra que en su totalidad los programas de esta agencia están diseñados para evitar soluciones que podrían amenazar al sistema empresarial capitalista dominante que prevalece en la mayoría de los países del Tercer Mundo. Debido al alarmante creci-

miento de la pauperización de los campesinos en muchos de los países del Tercer Mundo (McNamara, 1973), no es sorprendente que el Banco Mundial y agencias similares de desarrollo —además de sus tradicionales políticas de «apostar siempre al más fuerte»— estén ahora diseñando programas para el progreso casi individual de los campesinos medios. Uno se pregunta hasta qué grado estos programas se pueden considerar como una estrategia para neutralizar el liderazgo potencial que a menudo existe entre los campesinos medios, en los movimientos de los pobres. Si existe tal estrategia, no dejan de ser dudosos los efectos deseados. En primera instancia, sólo un pequeño porcentaje de los campesinos medios se puede beneficiar de los medios no ilimitados de las agencias señaladas. Lo que es más, se puede observar una división del campesinado medio entre quienes lo forman y el resto, que probablemente es una mayoría que permanece a la zaga. En segundo lugar, mientras que los campesinos ricos y los terratenientes, quienes hasta ahora han sido los principales beneficiarios de los programas de desarrollo rural no se restrinjan mediante una reforma agraria radical u otras medidas, las leyes del mercado común, que generalmente favorecen al más fuerte, sólo permitirán que un pequeño porcentaje de los campesinos medios se beneficien para aumentar su nivel de vida en una forma considerable. El resto se frustrará.

Resulta una interrogante importante saber que tan pronto los campesinos medios descubrieran que la resistencia común —junto con la pauperización de los campesinos pobres— al mercado libre prevaleciente y el modelo de desarrollo de apostar siempre al más fuerte, resulta más beneficioso en el futuro que aspirar al progreso individual bajo enormes riesgos. Una conciencia similar de clases (pobre-media) parece surgir en algunos de los países del Tercer Mundo entre los pequeños comerciantes, empresarios y artesanos que se enfrentan a la agobiante competencia de las corporaciones multinacionales de todas las áreas. Resulta sorprendente la forma cómo un sentimiento antiimperialista ha ayudado a unir a los campesinos, al pueblo de la clase media y a los intelectuales revolucionarios en ciertos acontecimientos recientes. Este sentimiento despertó especial-

mente debido a los intereses económicos extranjeros que se consideraban como explotadores y dominantes, tales como la United Fruit Company en Cuba antes de 1959 y en Guatemala en 1953, así como la Anderson Clayton y otras compañías agrícolas durante las reformas radicales que se realizaron en México en los años treinta.

No es posible llegar a conclusiones, pero podríamos observar, por otra parte, que el apoyo de la élite del poder occidental y sus organismos de desarrollo a las élites nacionales de los países del Tercer Mundo para defenderse en contra del creciente descontento, pueden tener por lo pronto el éxito de mantener a las élites en el poder y a estos países económicamente dependientes de las metrópolis económicas mundiales como lugares relativamente seguros para las inversiones fructíferas.

Por otra parte, parece que —dialécticamente— en el futuro la pauperización que acompaña a tal desarrollo dependiente, junto con una creciente conciencia entre las masas de que los intereses extranjeros internacionales se encuentran tras todo esto, llevarán a una combinación de un sentimiento anti-imperialista y de frustración. Esta combinación podría transformar la movilización (potencial) de los pobres en contra de las élites nacionales (así como en contra de las fuerzas policíacas y de su ejército), hacia una lucha anti-imperialista o revolucionaria. Esto sucedió anteriormente en la mayoría de los países que son actualmente socialistas. La reciente lucha de los pueblos de países tan diferentes como Irán, Nicaragua y Zimbabue, pueden ser ejemplos en los que alguna forma de anti-imperialismo representó un papel más o menos importante en los movimientos revolucionarios, como una forma de reacción en contra de la intransigencia elitista.

Es probable que muchos otros casos similares que surgirán en un futuro cercano en el Tercer Mundo, aún en donde han ocurrido varias reformas. Como lo señaló Alexandrov (1974: 373): «Todavía más importante para el futuro del movimiento campesino que la continuación de estos problemas tradicionales agrarios resulta ser el crecimiento constante de nuevas contradicciones dentro de un sector

agrícola capitalista cada vez más comercializado. Se podrá recordar que desde los primeros días de la lucha anti-feudal el estrato más bajo del campesinado constituyó uno de los elementos más activos del movimiento, por la simple razón de que los campesinos más pobres sufrían en su mayoría de los términos más opresivos de tenencia, deudas, esclavitud y dependencia personal. Sin embargo, en esta etapa se encontraban unidos al campesinado rico en contra de los señores feudales. Este ya no es generalmente el caso, y en la futura dirección del movimiento campesino, será probablemente hacia la creciente militancia del proletariado y semiproletariado rural en oposición no sólo a las desigualdades tradicionales, sino también a la moderna explotación capitalista.»

EL PAPEL DE LOS CIENTIFICOS SOCIALES Y DE LA ELITE DEL PODER

Todavía no se han realizado suficientes investigaciones sobre la forma como la intervención económica y social extranjera puede apoyar o detener la resistencia de las clases más bajas. En Latinoamérica, en donde se siente claramente esta intervención, los expertos y los activistas comprometidos (entre los que podemos incluir a los «teólogos de la liberación») se dan cuenta de este problema y continuamente estudian —dentro de una perspectiva de liberación— la influencia que tienen las fuerzas occidentales capitalistas en sus países. Con toda razón están publicando más sobre estas fuerzas que sobre el verdadero campesino y los movimientos campesinos actuales, así como sobre los movimientos de la clase baja en los que éstos participan (19). En la mayoría de los países de Africa, en donde la influencia neocolonialista de algún tipo resulta ser todavía más marcada que en Latinoamérica, está surgiendo un interés muy similar (Onoge, 1979; Owusu, 1979). Estas tendencias del Tercer Mundo todavía no han llegado a influir en el trabajo actual

(19) El dilema de los expertos revolucionarios sobre si deben publicar o no sus discernimientos adquiridos ha sido discutido por Rob Buijtenhuijs en: Huizer and Mammheim, 1979.

de sociología rural que realizan los académicos de los países metropolitanos. Mientras que sólo pocos expertos del mundo occidental han estado dispuestos a ver las realidades de las zonas rurales del Tercer Mundo en la forma más objetiva posible, que significa *no* hacerlo como occidental, muchos no han sido lo suficientemente autocríticos como para soportar las observaciones de prejuicios externos y desde arriba que el sistema de la ciencia social parece practicar generalmente. Afortunadamente, ya ha comenzado el debate sobre la relatividad de la «objetividad» y la «racionalidad» de la práctica social, principalmente positivista, del mundo occidental (Wilson, 1977). También se está discutiendo el tema de compromiso versus neutralidad, así como la necesidad de tomar en cuenta las consideraciones desde dentro y desde abajo (Huizer y Mannheim, 1979).

Para poder comprender, aproximadamente, las situaciones de conflicto existentes dentro de las zonas rurales en este contexto más amplio, resulta necesario llegar a identificarse en gran medida con la manera de ver las cosas que tienen los campesinos pobres, además y como complemento de reconocer las condiciones objetivas de las zonas que nos interesan. El considerar sólo una opinión externa, neutral y objetiva, desligada y sin prejuicios, sobre una situación conflictiva importante, a menudo distorsiona la imagen, puesto que generalmente significa considerar el punto de vista de la parte más fuerte en conflicto, que resulta ser el orden institucionalizado establecido. Para la ciencia social que trata con la vida rural que se quiere apegar a su ideal de objetividad, resulta necesario considerar el punto de vista básicamente partidario que todos los científicos sociales tienen cuando llegan a la escena rural de las instituciones académicas ya establecidas. Ante los ojos de los campesinos pobres, ellos representan en su mayoría la actitud y la consideración del orden establecido, a menudo a pesar de las mejores intenciones de los investigadores.

Hace diez años Rodolfo Stavenhagen (1971) incluyó este aspecto en un debate dentro de la Conferencia de la Sociedad de Antropología Aplicada de 1970. Desde entonces no ha habido grandes cambios.

Este trabajo trata de representar, hasta donde sea posible, las voces y los puntos de vista de quienes en muy pocas ocasiones son escuchados en las conferencias académicas. Sólo en muy pocas ocasiones los campesinos o los líderes campesinos han estado presentes en reuniones técnicas o de expertos. La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación a veces ha organizado simposios en donde estaban presentes algunos campesinos, representativos o representantes campesinos (20), quienes aportaban contribuciones valiosas aunque poco controversiales a las discusiones (Londoño in Feder, 1973). Quizá no esté muy lejos el día en que un diálogo entre los sociólogos rurales y sus «sujetos» resulte algo común y para beneficio de los dos. En los últimos años lo han estado haciendo algunas de nuestras colegas, quienes como mujeres y como representantes de los puntos de vista de las mujeres subordinadas han hecho valiosas contribuciones para corregir los enfoques con tendencias y preferencias masculinas en nuestra disciplina (21). Resulta asombroso notar que mientras que se han publicado tantos estudios sobre la comunidad y los pueblos en donde la historia y el actual estado de resistencia de los campesinos pobres se han descuidado e ignorado, algunos de los recientes estudios a nivel del pueblo realizados por expertas han incluido capítulos sobre protestas y organizaciones (Bukh, 1979, cap. VI; Arenas y Van Beurden, 1979, cap. VII).

Aparentemente existe una gran diferencia entre estudiar cierto tema como el de la subordinación como científico y experimentar simultáneamente este tema como una mujer desde dentro y de abajo (22). Hasta cierto grado y en una

(20) June Nash. «A Critique of Social Science Roles in Latin America» en: June Nash y Helen Safa, editores, *Sex and Class in Latin América*, Nueva York, Praeger, 1976; probablemente no es accidental que las expertas hayan sido más sensibles a las dudas sobre el valor de la investigación «sin valor», debido a su experiencia al ser tratadas como «objetos» (véanse los artículos de Carol Lopate, Mina Davis Caulfield y June Nash en: G. Huijzer y B. Mannheim, 1979).

(21) Véase: La Extensión Rural en América Latina y el Caribe. Informe de la Conferencia Técnica de Extensión Agrícola y Juventud Rural. Chiclayo, Perú, 29 de noviembre —12 de diciembre de 1970, F. A. O., Roma, 1971; y F. A. O./D. A. N. I. D. A. Consulta de Expertos sobre la Capacitación de Extensión para el Caribe y América Latina, México, Kigston, Santiago, 1973.

(22) Conferencia sobre la Continua Subordinación de las Mujeres en el Proceso de

forma similar, la investigación de los campesinos debe ir interna y desde abajo, o como lo señaló Eric Wolf en su introducción a Diamond (1974, prólogo XII): «La experiencia de campo resulta entonces una experiencia política; exige que el antropólogo exponga las fuerzas que lo limitan y que trate de exponer las fuerzas que limitan al nativo.» Tal esfuerzo puede conducir fácilmente a nuevas preferencias y predisposiciones, un riesgo del que estoy completamente consciente. Precisamente por este motivo el trabajo de campo en esta perspectiva también puede provocar debates, y esperamos que por conducto de la dialéctica de este debate quizá se lleguen a promover mayores consideraciones sobre un tema tan controvertible como es el de los movimientos campesinos.

Existen varias formas en las que si se lleva a cabo la investigación rural en una forma apropiada significa en este caso que la investigación se realice mediante un diálogo muy íntimo con el pueblo que nos interesa (Freire, 1972; Hizer, 1979 b).

En cuanto a la situación interna de los pueblos, resulta importante descubrir las estratificaciones que existen en los pueblos y las contradicciones que podrían haber entre los estratos. La naturaleza de tales contradicciones debería discutirse con el pueblo que nos interesa, especialmente entre las categorías más bajas que generalmente forman la mayoría. El discutir las formas para utilizar estas contradicciones en forma creativa dentro de un proceso de movilización dinámica del pueblo para su propio beneficio podría resultar una parte integral de esta investigación y acción.

Un aspecto importante para descubrir las diferencias y las contradicciones es el estudiar el proceso histórico por el que éstas surgieron en un pasado reciente o lejano.

En cuanto a las relaciones externas de los pueblos campesinos o de las zonas rurales, se deberían realizar estudios sobre los patrones de dependencia que existen entre la economía local y el resto de la sociedad, tanto regional, nacio-

nal, como internacional (v. g. dentro del mercado mundial). Este estudio, realizado también mediante un diálogo íntimo con el pueblo local podría tratar de idear estrategias en las que las relaciones o la dependencia se puedan dirigir en tal forma que los pueblerinos locales logren un máximo en su poder de regateo para poder asegurar una medida de independencia, o hasta de confianza en sí mismos. Esta investigación también debería incluir una consideración de la historia de la aparición de las relaciones con las más extensas estructuras económicas y políticas y lo que han sido en el pasado los efectos de estas relaciones para la población local.

Cada vez hay mayores pruebas de que tal tipo de investigación o de «acción de investigación» «participante» o «comprometida» conduce a consideraciones científicas válidas que complementan el tipo de investigaciones que generalmente se practica con metodologías ortodoxas que aspiran a cierto tipo de objetivismo que no capta en forma satisfactoria las realidades de un cambio social acelerado (23).

«La investigación “participante” puede contribuir a despertar o a acrecentar la conciencia de la gente pobre sobre los conflictos y las contradicciones que existen en su situación, y la forma como se podrían resolver. Los investigadores pueden dar al pueblo con el que trabajan información sobre antecedentes útiles que ayudarán a estas personas a interpretar en forma más exacta su propia situación. Tal “acción de investigación” puede dirigirse entonces simultáneamente hacia el desarrollo de teorías y a la solución de

(23) Para una discusión sobre tales tipos de investigación, véase: Simposio Mundial de Cartagena, *Críticas y Políticas en Ciencias Sociales: El Debate sobre Teoría y Práctica*, Tomo I & II, Ed. Punta de Lanza, Bogotá, 1978. También los diferentes seminarios sobre los aspectos de «investigación participante» organizados por el proyecto de Investigación Participante del Consejo Internacional para la Educación Adulta (29 Prince Arthur, Toronto, Ontario, Canadá) y varias contribuciones de su editor, Budd Hall; así como varios documentos de Huizer y Mannheim (1979). Brooke Grundfest Schoepf «Breking Through the Looking Glass: The Vieó From Beloó», en Hizer y Mannheim (1979) señaló: «El pueblo de un bajo estatus que participa en la lucha colectiva, que actúa y refleja su situación, suele desarrollar un análisis objetivo de las partes que experimenta mucho más marcado que aquellos que se encuentran en una condición superior. También suele lograr una mayor exactitud y objetividad que los intelectuales supuestamente aislados, aunque preocupados, que consideran que ellos y su ciencia están muy alejados del mantenimiento del sistema y de los conflictos sociales.»

problemas sociales concretos. Se llevan a cabo algunas formas de “acción de investigación” para facilitar la solución de problemas concretos, mientras que se dirigen otras formas hacia una investigación (más teórica) de métodos generales de solución de problemas que se pueden aplicar a una variedad de situaciones concretas.

Los procesos de cambio rápidos en los que participan actualmente en cualquier sitio la mayoría de las comunidades y de las sociedades, se podrían estudiar y comprender probablemente con resultados más fructíferos al participar en estos procesos de cambio, *desde dentro*, mediante una participación activa, pero cuidadosa, en los procesos en marcha. Además de esto, la “acción de investigación” debe ser *desde abajo*, lo que implica que la realidad se observa en una forma crítica, por los ojos de quienes sufren los efectos de los cambios, observando estos efectos con sospechas, desconfianza y duda. Este punto de vista implica un tipo de conciencia estructural e histórica sobre las causas de su subordinación. Hasta cierto grado ayuda a los campesinos pobres a mantener la confianza en sí mismos, a pesar de su condición de atropellados» (24).

Se puede garantizar una objetividad en tal «acción de investigación» por el distanciamiento de autorreflejo que pueden asumir los investigadores en cuanto a ellos mismos y a sus propias preferencias personales y culturales, así como al contexto político-económico al que pertenecen estructuralmente. Por tanto, el practicar el punto de vista *desde dentro* y *desde abajo* tendrá ciertas consecuencias por las formas en las que las ciencias sociales se enseñan y se llevan a cabo. En la actualidad los científicos sociales están ampliamente ca-

(24) Afortunadamente ésta también fue mi experiencia. Como un desertor del sistema de las ciencias sociales altamente competitivo, «sin participación», disciplinario y ortodoxo, me consideré inadaptado para identificarme plenamente con los campesinos pobres y que ellos me aceptaran cuando comencé a trabajar en el desarrollo de la comunidad del Tercer Mundo en 1955, logrando así una *consideración desde dentro* de las contradicciones locales. Aunque personalmente sufrí bastante por mis sentimientos de inferioridad hacia el «gran» mundo académico, esto facilitó el adaptarme al «pequeño» mundo del pueblo oprimido y aceptar su desconfianza y *visión desde abajo*. Los campesinos me enseñaron —sin saberlo claramente ellos mismos— la forma para «subsistir» mentalmente en un mundo dominado por los incontrolables y a menudo mal intencionados líderes del poder.

pacitados para tabular, para diseñar cuestionarios, para observar y para entrevistar, pero difícilmente podríamos decir que exista alguna capacitación sistemática para volverse sensibles a las necesidades y a los valores de los seres humanos, individualmente o en grupos. Aún menos atención se presta a uno mismo como ser humano que ha crecido con todos los prejuicios que impone la sociedad.

En forma similar, se ha descuidado la capacidad de expresar «experiencias», impresiones y referencias mediante la introspección y las discusiones en pequeños grupos dentro de la esfera «objetiva», algo que se puede aprender mediante una simple entrevista, como lo demuestran ampliamente muchos grupos feministas conscientes. Tal «entrenamiento de la sensibilidad» es probablemente una buena manera para superar los efectos de investigación social que es básicamente manipuladora y antiemancipadora.

Además de ayudar a las personas que se estudian, una metodología más sensible podría tener un efecto libertador sobre los mismos científicos. Como observó María Mies (1979) en estudios realizados sobre mujeres: «El comprender y apropiarse de su historia presupone una colectivización de sus experiencias. Los estudios sobre las mujeres deben ayudar a vencer el individualismo, la competencia y el afán desmedido por lograr éxito profesional que prevalecen entre los expertos masculinos.

La colectivización de experiencias también se aplica a las técnicas de recopilación de información. Las entrevistas individuales pueden ser reemplazadas por discusiones de grupo. Este no sólo será un medio para obtener una información más diversificada, sino que también ayudará a las mujeres a soportar el aislamiento estructural en que se encuentran sus familias, y a considerar sus problemas individuales como sociales.»

Aunque quizá los occidentales no sean los más aptos para realizar cierto tipo de investigación «participante» o «activa» en los países del Tercer Mundo (25), a menudo su-

(25) El recientemente nombrado profesor de «movimientos sociales, especialmente femeninos» en la Universidad Agrícola de Wagenigen, Goertje Thomas-Lycklama a Nijel-

cede, y resulta de utilidad, si se realiza en una forma prudente, como demostró Gail Omvedt (1979). Ella señaló la forma como la observación participatoria en un movimiento social de izquierda, como en el movimiento femenino que estudió en la India, sólo puede ocurrir mediante una «verdadera» participación. Señaló que la «objetividad» en el sentido de una verdadera preocupación, y para comprobar las hipótesis y evidencias, se puede y debe aislar de «neutralidad» versus «compromiso» como una postura moral subjetiva. Por lo tanto, era preferible no actuar como un entrevistador neutral que obtendría las respuestas aceptadas tradicionalmente para confirmar las normas ya establecidas. Ella «comprobó» a través de la «metodología de la pregunta insinuante» y de las «entrevistas colectivas» que despiertan la conciencia, que entre las mujeres indias de clase baja, en contra de todo lo esperado, se muestra una considerable «disposición a rechazar los valores tradicionales». En sus esfuerzos Gail Omvedt pasó por los procesos de juicio y de error al formular preguntas hipotéticas, basadas en problemas prácticos que ella observó; como fue el tratar de responder a estas preguntas mediante observaciones más directas; al formular nuevas preguntas e hipótesis y finalmente «comprobar» algunas de estas hipótesis mediante la participación como un «observador involucrado» en los esfuerzos organizativos de las mujeres estudiadas. Ella observó los pasos que dieron las mujeres para organizar como una «prueba» importante un rechazo de las normas tradicionales: «La práctica es la prueba de la teoría.» Ella concluyó con toda razón que «el organizar actividades implica inherentemente un proceso de hacer suposiciones, presentar hipótesis y comprobarlas en la práctica.»

Ciertos investigadores, especialmente latinoamericanos, han trabajado en una perspectiva similar. Algunos de los resultados preliminares fueron presentados y discutidos en el II Congreso de Sociología Rural de 1968 en Enschede, Paí-

holt, *Feminisme en Wetenschap* (Feminismo y Ciencia), Wageningen, 1979, pág. 22, señaló que las posibilidades de que los occidentales realizaran una investigación activa en el Tercer Mundo están limitadas, y que podrían ser más útiles haciendo investigaciones sobre la estructura del poder occidental como la principal responsable de la subordinación de las mujeres en cualquier país.

ses Bajos (26), de tal forma que permitieron a Orlando Fals Borda hablar sobre el surgimiento de la «sociología de la liberación» (Fals Borda, 1973: 25). Sin embargo, no había ningún motivo para sentir un gran optimismo sobre el papel que desempeñaban en su totalidad las ciencias sociales. En estos mismos años surgió también lo que podríamos llamar la «sociología de contra-insurgencia», sobre la que aparecieron importantes denuncias (Horowitz, 1967; Wolf y Jogensson, 1970) e informes oficiales (Beals, 1969), que obligaron a ciertos expertos a pensar en una forma más consciente sobre los propósitos y las consecuencias de su investigación. Beals (1969: 6) observó correctamente, después de describir ampliamente algunos de estos temas de la investigación de la contra-insurgencia, que el «entusiasmo sobre un avance de las ciencias sociales superaba todas las incertidumbres sobre la nueva terminología. Los planificadores fueron *extraordinariamente ingenuos* sobre las dificultades que existían para realizar muchas de las investigaciones propuestas en un país extranjero; algunas de ellas probablemente habrían sido imposibles en los Estados Unidos, especialmente si hubieran sido auspiciadas por un gobierno extranjero» (el énfasis es mío). Hasta este mismo enunciado parece algo ingenuo, o equivocado. Los organizadores del proyecto Camelot —y de proyectos de investigación similares— no fueron nada ingenuos (27), pero los científicos sociales, al considerar estos temas como un problema de «ética» en lugar de considerarlo como de política (imperialista) fueron «*extraordinariamente ingenuos*». La forma como esta «cuestión de ética» que plantean ocasionalmente los antropólogos y

(26) En la Conferencia se me permitió presentar «Organizaciones Campesinas y Reforma Agraria en América Latina: Algunas Generalizaciones preliminares», un resumen de descubrimientos basados principalmente en mi experiencia como consejero patrocinado por las Naciones Unidas (O. I. T.) ante varias organizaciones campesinas de Latinoamérica, y cierta investigación histórica sobre varios movimientos. Este trabajo se utilizó inicialmente con fines de capacitación y asesoría pero —para mi sorpresa— también despertó cierto interés en los círculos académicos, especialmente en el Tercer Mundo. Su versión, en español, se publicó en la Revista Mexicana de Sociología XXXI, 2, abril-junio 1969, y más tarde sirvió como documento núm. 99. Primer Encuentro Latinoamericano de Cristiano por el Socialismo, Santiago de Chile, abril, 1972.

(27) Véase Survey of the Alliance for Progress, Insurgency in Latin America, Comisión de Relaciones Exteriores, Senado de los EE.UU., Doc. 86-406, Washington D. C., 1968.

los sociólogos rurales es básicamente política, ha sido discutida ampliamente en la IX Conferencia Mundial de Ciencias Antropológicas y Etnológicas que tuvo lugar en septiembre, en la ciudad de Chicago (Asad, Owusu, Mukherjee, Condominas, Frank, en: Huizer y Mannheim, 1979), pero debido a acontecimientos que han sucedido desde entonces, esta cuestión es ahora de un gran interés.

No resulta del todo accidental que en estos momentos en que están surgiendo movimientos emancipatorios o de protesta de todo tipo en los países del Tercer Mundo y en las metrópolis, la élite del poder occidental empiece a facilitar estudios y proponga medios para mantener el control prevaliente y su justificación. La élite del poder corporativo parece estar muy consciente del potencial revolucionario de los países del Tercer Mundo, señalado ya en 1969 por Nelson Rockefeller en «el Informe Rockefeller sobre América». Este informe señala la necesidad que existe de prestar más atención al papel potencialmente subversivo de las universidades, la iglesia, los militares y las mujeres como parte de movimientos nacionalistas de algunos países latinoamericanos, y se presentaron recomendaciones especiales sobre la seguridad del hemisferio occidental. Varios años después fueron visibles los resultados.

Mi propia consideración sobre la problemática del control elitista aumentó considerablemente cuando supe que varios líderes campesinos del norte de Chile, con quienes tuve el honor de colaborar a mediados de los años sesenta, y a quienes consideré como unas de las personas más dedicadas (y pacíficas) que he conocido, fueron muertos en septiembre de 1973, porque eran miembros del Partido Comunista. No dejo de preguntarme hasta qué grado los instructores de los asesinos (militares), muchos de los cuales habían sido entrenados por asesores norteamericanos en Panamá, consideraron los «estudios sobre los campesinos» — quizá entre ellos el material que yo mismo publiqué (28)— para determinar sus despiadadas estrategias. Yo no cuento con ninguna solución concreta para este dilema, mas que el

(28) La versión en español de Huizer, 1972, publicada por Siglo XXI en México, se prohibió en Argentina después del golpe militar de 1973.

presentarlo para una seria consideración y una franca discusión ante todos los sociólogos rurales. En la actualidad la sociología rural como una profesión no parece ser menos arriesgada para la humanidad que las ciencias nucleares y la investigación del ácido ribonucleico recombinante. Podríamos concluir que quizá tengamos que complementar nuestros estudios sobre el pobre rural «revisando» (Nader, 1972) o «invirtiendo la maquinaria» (Gedicks, 1979) y considerar más las principales causas de la pobreza y la opresión dentro del antiguo sistema mundial económico y político, y servir así a los pobres con tales conocimientos (Stavenhagen, 1971).

Aunque se ha estudiado ampliamente el comportamiento de los campesinos, especialmente pobres y medios, así como su potencial revolucionario, el estudio necesario sobre los campesinos ricos y los terratenientes como una clase que se opone a los esfuerzos emancipatorios y a las simples estrategias de supervivencia de los pobres, ha sido descuidado notoriamente (29) por los sociólogos rurales. Como una excepción podríamos señalar los estudios de la C. I. D. A., con el apoyo de algunas agencias de las Naciones Unidas como son la F. A. O. y la O. I. T., durante los años sesenta, que fueron muy bien resumidos, en cuanto a la oposición de las élites, por Feder (1969; 1971). No se han tomado ni siquiera en cuenta la élite nacional e internacional del poder de las que dependen los campesinos ricos y los terratenientes para un apoyo a la «contra-insurgencia», si las organizaciones de campesinos tienen éxito a pesar de tantas contradicciones. Las agencias occidentales de apoyo a las investigaciones, tales como la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller, aparentemente no se han interesado en la investigación dentro de los círculos a los que ellos mismos pertenecen (N. A. C. I. A., 1979).

Una relación superficial con el funcionamiento de las élites del poder occidental conduce a varias preguntas.

(29) Landsberg, en su *Analytical Framework* (1968-71) sobre el papel de los movimientos campesinos, que se utilizó como un marco de referencia para dos libros sobre el tema (Landsberger, 1974) dedicó sólo media página (de 80 páginas) a los «enemigos», al observar en una forma eufemística: «Se necesita una menor elaboración sobre los enemigos del campesinado porque su situación es obvia.»

¿Acaso ciertos esfuerzos por estudiar y manipular las organizaciones populares son parte de una mayor estrategia que se aplica mundialmente como una «dirección de interdependencia» (véase más adelante) de esta élite del poder?

Deberíamos hacer ciertas observaciones. Existe una considerable evidencia de que las políticas opresoras de los militares de Brasil, Chile y Argentina crean un clima de seguridad para las inversiones occidentales multinacionales que tratan de encontrar su justificación ideológica en una «doctrina de seguridad nacional» que repite como un eco las ideas de McNamara (1968) (30), expresadas cuando él era el Secretario de Defensa de los Estados Unidos. El informe Rockefeller sobre Latinoamérica, presentado por Nelson Rockefeller en 1969, señalaba la importancia que había en iluminar a los militares latinoamericanos con la ideología de seguridad que funcionaba entonces con gran éxito en Brasil. Una marcada confianza en las estrategias «de seguridad» para salvaguardar ordenadamente —en forma occidental— el desarrollo, predominó notablemente entre la élite del poder económico occidental durante los siguientes años, como una reacción a los signos de disidencia en los países del Tercer Mundo. Esta creciente disidencia condujo a serios esfuerzos por encontrar soluciones fuera de los modelos capitalistas occidentales, como en el caso de Chile entre 1970-1973, y a las cada vez más efectivas discusiones sobre la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional entre las naciones no alineadas (originalmente 77).

Por lo tanto, en 1973 se creó la Comisión Trilateral (31) como una reacción a estas crecientes tendencias hacia una

(30) Robert McNamara. *The Essence of Security, Reflections in Office*, Londres, Hodder & Stoughton, 1968, en el que varios enunciados importantes se parecen mucho a los de Robert McNamara, *Address to the Board of Governors of the World Bank*, Nairobi, 24 de septiembre, 1973.

(31) En esta Comisión Trilateral se volvieron a reunir formalmente los líderes corporativos y políticos de los países occidentales más ricos, muchos de los cuales se habían conocido anteriormente en forma informal en las llamadas conferencias de Bilberberg, en las que el príncipe Bernardo de los Países Bajos desempeñó un importante papel. Además de los europeos occidentales y los Estados Unidos, esta vez también participaron los japoneses, de allí el nombre de Comisión Trilateral. Aunque la Comisión ha trabajado sin ninguna publicidad y difícilmente se conocen su origen y sus funciones, sus miembros incluyeron a las personas más influyentes del siguiente régimen de los Estados Unidos (Carter, Mondale, Vance, Young, Blumenthal) mucho antes de que ocuparan el poder en 1977. De

auto-seguridad colectiva o individual) de los países del Tercer Mundo, después de varios años de esfuerzos preparatorios (emprendidos por Zbigniew Brzezinski), ante la iniciativa de David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank y la principal figura de la compañía petrolera Exxon, la corporación multinacional más grande del mundo. La Comisión Trilateral ha publicado en los últimos años unos 20 informes sobre asuntos mundiales, los llamados «Triangle Documents», que cuentan con amplios análisis y pautas a seguir sobre las políticas que se necesitan para reforzar el sistema económico occidental. Las actuales políticas de tales agencias de desarrollo internacional como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional parecen apearse a los extensos estatutos de la Comisión Trilateral, como a veces se señala específicamente en los «Triangle Papers».

Aunque algunos economistas europeos y del Tercer Mundo, como Amin y Frank, explicaron el fracaso de varias décadas de desarrollo en unir la brecha que existe entre los países ricos y pobres, al denunciar la continua y creciente dependencia de los pobres sobre los ricos, y comenzaron a apoyar las estrategias de «autoconfianza» o hasta de «disociación» de las influencias económicas occidentales como la única solución para los países del Tercer Mundo, la Comisión Trilateral (1974) ya subrayaba en sus primeros estudios

hecho, se considera a la Comisión Trilateral como la responsable de la campaña que condujo a estas personas a ocupar los prominentes cargos que desempeñan. También participaron renombrados políticos conservadores europeos y japoneses. La Comisión también cuenta con representantes de varias de las mayores corporaciones multinacionales (Coca Cola, I. B. M., Unilever, Royal Dutch Shell, Deere, Sony, Mitsubishi, sólo por mencionar a algunas), de los bancos más importantes y de algunas instituciones especializadas que han servido a la actual élite de poder occidental. Unos cuantos líderes sindicales occidentales, como la Federación Norteamericana de Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales (E. U.) y Deutsche Gewerkschaftsbund (Alemania Occidental) se encuentran también en la Comisión. La Comisión se reúne una vez al año con 150 a 200 miembros, y los 32 miembros del comité ejecutivo se reúnen dos veces al año. Un artículo de resumen interesante sobre la Comisión Trilateral es el de Jeff Frieden. «The Trilateral Commission: Economics and Politics in the 1970», *Monthly Review* 29, núm. 7, diciembre 1977, págs. 1-18; también varios artículos de Hugo Assman, ed. *Carter y la lógica del Imperialismo*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1978. Resulta sumamente triste que en los países del Tercer Mundo se publique más sobre la Comisión Trilateral que en los países metropolitanos de donde proviene la mayoría de los miembros.

la «interdependencia» de las economías trilaterales y las del Tercer Mundo y la «dirección de la interdependencia» apropiada como una solución a las crecientes contradicciones.

Todo esto parece —mientras sepamos tan poco sobre las operaciones de las élites de poder occidental— como un tipo de teoría de conspiración. La influencia real de esta Comisión se podría limitar (aunque ¿de qué manera?), puesto que parece sufrir hasta cierto grado de las contradicciones internas que existen entre varias de sus fuerzas componentes. Sin embargo, resulta de hecho que por lo menos gradualmente varias de las ideas y terminologías introducidas por los Informes de la Fuerza de Trabajo Trilateral hace algunos años, no sólo sean utilizadas por algunos de los organismos internacionales que tratan con el desarrollo rural y la investigación como el Banco Mundial, sino también por parte del Ministerio de Cooperación para el Desarrollo de los Países Bajos, en su reciente informe sobre políticas a seguir (1979), en el que subraya más que nunca el papel positivo de las corporaciones multinacionales para desarrollar el Tercer Mundo, como una parte de la «interdependencia» entre los países ricos y los pobres.

En lugar de arriesgarse nuevamente a ser «extraordinariamente ingenuos», como sucedió hace 10 años (Beals: 1969), el establecimiento de investigación social rural podría dedicar muy bien parte de su atención a las intenciones de sus agencias fundadoras, y, por lo general, al contexto político más amplio en el que funciona o se podría utilizar la investigación.

Mientras que en los países del Tercer Mundo se ha iniciado la descolonización (Stavenhagen, 1971) de las ciencias sociales, ya llegado el momento en que los expertos occidentales que operan desde los centros urbanos también comiencen a considerar en una forma más cuidadosa su posición. Por ejemplo, en lugar de seguir «curioseando» en los demás países viendo a la gente de las clases bajas que han sido «subdesarrollados» sistemáticamente por los compatriotas de estos expertos, una justificación razonable para continuar la investigación en los países del Tercer Mundo

podría ser una cuidadosa consideración sobre lo que hacen y han estado haciendo estos compatriotas, entre los que podríamos incluir a los que participan en una «corporación de desarrollo», así como sus motivos.

Existen varias dudas interesantes en la actualidad, especialmente para los pueblos del Tercer Mundo.

A pesar de la sutileza con que se describen los problemas, los informes de la Comisión Trilateral a menudo revelan debilidades y contradicciones internas que pueden demostrar que no se debe sobrestimar la capacidad de este grupo de expertos para programar el futuro del mundo. Por lo que el XVI Informe (Comisión Trilateral, 1978) analiza el creciente riesgo de desnutrición y pauperización del sur y sudeste de Asia, las zonas que se consideraban más prometedoras cuando comenzó la Revolución Verde hace quince años. Señala tristes predicciones y recomienda la inversión para los próximos quince años, especialmente por parte de los países ricos y productores de petróleo, de 52.600.000.000 de dólares para la extensión y las mejorar en el riesgo de los cultivos arroceros de esa región. El informe señala que existen varios problemas técnicos que deben resolverse, como es el problema de la tenencia de la tierra (32).

Aunque el informe señala que «por supuesto existe un peligro de que haya un impulso con algunas consecuencias sociales indeseables, tales como la distribución inequitativa de los ingresos o la polarización de la comunidad rural»,

(32) Comisión Trilateral, Reducción de la Desnutrición en los Países en Desarrollo; Aumento de la Producción de Arroz en el sur y en el sureste de Asia, *The Triangle Papers*, núm. 16, 1978 (autores Umberto Colombo, D. Gale, Johnson, Toshio Shishido). En el capítulo sobre las instituciones rurales necesarias para el programa, el informe expresa una duda: «Se debería incluir una nueva advertencia sobre el tema de la reforma agraria. Como se señaló anteriormente, debería haber muy poco desacuerdo sobre la conveniencia de una reforma agraria redistributiva en base de la justicia social y de la eficacia económica. Sin embargo, debido a las actuales estructuras de poder, resulta poco realista esperar que dicha reforma agraria se implante efectivamente dentro de horizonte de tiempo de este programa de duplicar la producción arroceros. Todavía resulta menos realista esperar que los agentes extranjeros, ya sean bilaterales o multilaterales, puedan realizar y diseñar efectivamente dichos programas políticamente sensibles. De cualquier forma, deberíamos basar nuestras decisiones en la dura realidad: ¿Qué es lo ideal y qué es lo posible? Algo que deseamos enormemente es reforzar la capacidad organizativa de los pobres rurales y reformar la sociedad agraria dentro de normas más equitativas. Pero no es cierto que estos objetivos se lleguen a alcanzar en un futuro cercano o mediano (págs. 40-41).

parece ignorar que precisamente esta polarización puede aumentar el potencial revolucionario de los campesinos más pobres, que por lo general son la mayoría.

El enfoque que se utilizó para diseñar este importante proyecto no deja de parecerse a la forma como surgió hace algunos años la Revolución Verde y quizá resulte ser una «caja de Pandora» cuando se lleve a cabo: muchos de los beneficios directos para los campesinos ricos y las corporaciones de negocios agrícolas, y muchos riesgos y consecuencias sociales explosivas para los países interesados serían el resultado de la creciente polarización entre los ricos y los pobres.

Sólo muy pocos expertos, principalmente del Tercer Mundo, están estudiando la influencia de la Comisión Trilateral, del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial (Payer: 1974) y de otras instituciones de la élite de poder occidental que tratan con el (sub) desarrollo. Ellas amenazan la creciente dependencia promovida por estos organismos bajo el aspecto de la «interdependencia» del sistema económico occidental, cuyo precio es una reciente opresión, que resulta tan visible en los países que ceden a las condiciones del Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, hablando en forma dialéctica, dicha opresión puede conducir en la siguiente década a una situación de un mayor potencial revolucionario y de una lucha efectiva de liberación. La «interdependencia» señalada por la Comisión Trilateral presenta contradicciones dentro de ella misma. Como lo observó Teotonio dos Santos (en Bodanheimer, 1971) hace algunos años sobre la integración de los países del Tercer Mundo dentro del sistema internacional: «El proceso de internalización tiene dos aspectos: un aspecto dependiente (el actual) y un aspecto liberador (el de futuro). El aspecto dependiente y el aspecto liberador se presentan en un mismo proceso...»

El experto activista peruano Gustavo Gutiérrez (1978) recientemente confirmó esta observación, mientras que su país reaccionaba a la intervención del Fondo Monetario Internacional: «Los sectores populares han sufrido duros golpes, pero también han aprendido importantes lecciones. El

movimiento popular se da cuenta de sus retrocesos, de la ambigüedad de ciertos programas y de la falta de precisión de sus proyectos sociales. Esto forma parte de todo proceso histórico. Pero también se da cuenta de la constancia, de la esperanza, de los silencios apropiados y del realismo político. Las clases explotadas han demostrado un potencial de resistencia que asombra a los dominadores y sorprende a los grupos revolucionarios duramente reprimidos que recientemente han tomado las riendas en algunos procesos en Latinoamérica.»

La sociología rural podría contribuir a acelerar estos procesos libertadores al adoptar algunos de los aspectos mencionados. Dicha búsqueda por senderos heterodoxos podría conducir también en alguna medida a despertar la conciencia entre los propios científicos sociales sobre cuál es su posición y para quién trabajan realmente. Esto podría ser especialmente útil debido a que el sistema económico mundial dominante y su crisis no sólo están actualmente poniendo en peligro la subsistencia de los campesinos pobres del Tercer Mundo, sino también las posiciones relativamente privilegiadas de los expertos y de las instituciones especializadas de los países metropolitanos. Por lo que nuevos intereses de investigación podrán tener en nuestras propias sociedades occidentales un efecto libertador.

Bibliografía

- ALAVI, Henza: «Peasants and Revolution.» *Socialist Register*: 241-277, 1965.
- ALEXANDROV, Yu. G.: «*The Peasant Movements of Developing Countries in Asia and North Africa after the Second War*», in Landsberger (1974), 1974).
- ARENS, Jenncke, and Jos Van BEURDEN: *Jhagrapur: Poor Peasants and Women in a Village in Bangla Desh*, Birmingham: Third World Publications, 1977.
- BEALS, Ralph: *Politics of Research. An Inquiry into the Ethics and Responsibilities of Social Scientists*. Chicago: Aldine Publ. Company, 1969.
- BERNSTEIN, Henry: «African Peasants: a Theoretical Framework.» *The Journal of Peasant Studies* 6, núm. 4 (July).

- BODENHEIMER, Susanne: «Dependency and Imperialism: the Roots of Latin American Underdevelopment.» *Politics and Society* (may).
- BORTON, HUGH: *Peasant Uprising in Japan in the Tokugawa Period*. New York: Paragon Book Reprint Corp.
- BOSERUP, Esther: *Women's Role in Economic Development*. New York: St. Martin's Press, 1970.
- BUIJTENHUIS, Robert: *Le Mouvement «Mau Mau». Une Révolte Paysanne et Anti-coloniale en Afrique Noire*. The Hague-Paris: Mouton, 1971.
- BUKH, Jette: *The Village Woman in Ghana.*, Uppsala: Scandinavian Institute of African Studies, 1979.
- COHEN ROBIN, Peter, C. W. GUTKIND and Phyllia BRAZIER, editors: *Peasants and Propertarians. The Struggle of Third World Workers*. New York and London: Monthly Review Press, 1979.
- COSER, Lewis A.: *The Functions of Social Conflict*. The Free Press of Glencoe, 1956.
- CROLL, Elisabeth: *Feminism and Socialism in China*. London: Routledge & Kegan Paul, 1978.
- DAS, Arvind M.: «Take of Three Countries. Some Observations on Bangla Desh, Pakistan and India.» *Heman Futures*. New Delhi, II. 21: 145-156, 1979.
- DAVIDSON, Basil: «African Peasants and Revolution.» *The Journal of Peasant Studies* 1, núm. 3 (april): 269-290, 1974.
- DEAL, Douglas: «Peasant Revolts and Resistance in the Modern World: A Comparative View.» *Journal of Contemporary Asia* 5, núm. 4: 414-445, 1975.
- DESAL, A. R., editor: *Peasant Struggles in India*. Bombay: Oxford University Press, 1979.
- DIAMOND, Stanley: *In Search of the Primitive, a Critique of Civilization*, New Brunswick, N. J.: Transaction Books, 1974.
- EISEN BERMAN, Arlene: *Women of Vietnam*. San Francisco: People's Press, 1975.
- FALS BORDA, Orlando: *Ciencia Propia y Colonialismo Intelectual*. México D. F.: Ed. Nuestro tiempo, 1970.
- FEDER, Ernest: «Societal Opposition to Peasant Movements and its Effect on Farm People in Latin America», in *Henry A. Landsberger*. (1969), 1969.
- FEDER, Ernest: *The Rape of the Peasantry, Latin American's Landholding System*, New York: Doubleday, Anchor Books, 1971.
- FEDER, Ernest: *Gewalt und Ausbeutung. Lateinamerikas Landwirtschaft*. Hamburg: Hoffmann und Kampe Reader, 1973.
- FEDER, Ernest: «The neo World Bank Programme for the Self-Liquidation of the Third World Peasantry.» *The Journal of Peasant Studies*, vol. 3: 343-354, 1975.
- FEDER, Ernest: «Regeneration and Degeneration of the Peasants: Three Views about the Destruction of the Countryside.» *Social Scientist* (Trivandrum), vol. 7, núm. 7 (february): 3-41, 1979.

- FOSTER, George M.: «Peasant Society and the Image of Limited Good.» *American Anthropologist* 67, núm. 2 (april), 1965.
- FREIBERG, J. W.: «The Dialectic in China: Maoist or Daoist.» *Bulletin of Concerned Asian Scholars* 9, núm. 1 (jan-march): 2-19, 1977.
- FREIRE, Paulo: *Pedagogy of the Oppressed*. Harmondsworth. Penguin Socks, 1972.
- GALJART, Benno: «Class and "Following" in Rural Brazil.» *America Latin* 7, núm. 3, (Río de Janeiro), 1964.
- GEDICKS, Al: *Research from Within and from Below: Reversing the Machinery.* págs. 461-478, in Huizer and Mannheim (eds.), 1979.
- GUTIERREZ, Gustavo: *La fuerza Histórica de los Pobres*. Cep. Lima (sept.), 1978.
- GOUGH, Kathleen: «Peasant Resistance and Revolt in South India.» *Pacific Affairs* XLI, núm. 1 (Winter 1968-69): 526-544, 1968.
- GOUGH, Kathloen: «Indinan Peasant Uprisings.» *Bulletin of Concerned Asian Acholars* 8, núm. 3 (july-sept.), 1976.
- HANDERLMAN, Howard: *Struggle in the Andes. Peasant Political Mobilization in Peru*. Austin and London: Texas University Press, 1972.
- HEWITT DE ALCÁNTARA, Cynthia: *Modernizing Mexican Agriculture: Socio-economic Implications of Technological Change 1940-1970*. Geneva: United Nations Research Institute for Siciuak Development, 1976.
- HOLRBERG, Allan: «Land Tenure and Planned Social Change: A Case from Vicos, Peru.» *Haran Organization* vol. 1, 1959.
- HUIZER, Gerrit: «Some Notes on Comunity development and Pural Social Rescarch.» *América Latina* 8 núm. 3 (july-sept.).
- HUIZER, Gerrit: *Peasant Organizations and Agrarian Reform in Latin America: Some Preliminary Generalization*. Paper presented to the Second World Congress of Rural Sociology. Enschede, Netherlands, 1968.
- HUIZER, Gerrit: *The Revolutionary Potential of Peasants in Latin America*. Lexington, Mass; Heath-Lexington Books, 1972.
- HUIZER, Gerrit: *Peasant Rebellion in Latin America*. Harmondsworth: Penguin Books, 1973.
- HUIZER, Gerrit: «How Peasants Become Revolutionaries.» *Development and Change* VI, núm. 3 (july), 1975.
- HUIZER, Gerrit: «The Role of Peasant Organizations in the Struggle Against Multinational Corporations: The Cuban Case.» In Elias Sevilla-Casas (ed.), *Western Expansion and Indigenous Peoples*, The Hague-Paris: Mouton, 1977.
- HUIZER, Gerrit: «Anthropology and Politics: From Naivete towards Liberation?», in Huizer and Mannheim (eds.), 1979 a.
- HUIZER, Gerrit: «Research-through-Action: Experiences with Peasant Organization», in Huizer and Mannheim (eds.), 1979 b.
- HUIZER, Gerrit: *Peasant Movements and their Counterforces in South-East Asia*. New Delhi: Marwah Publications, 1980 a.
- HUIZER, Gerrit: «Peasant Participation in Latin America: an Overview of Conflict Resolution Strategies.» *I. S. S. Occasional Paper* núm. 82. The Hague, 1980 b.

- HUIZER, Gerrit: *Poor and Rich Peasants in the Tea Cooperatives in Peru*. Forthcoming paper.
- HUIZER, Gerrit, and Bruce MANNHEIM, Editors: *The Politics of Anthropology*. The Hague-Paris: Mouton, World Anthropology Series, 1979.
- HUIZER, Gerrit, and Rodolfo STAVERNHAGEN: *Peasant Movements and Land Reform in Latin America: Mexico and Bolivia*, in Henry A. Landsberger, 1974.
- HUNTINGTON, Samuel P.: *Political Order In Changing Societies*. New Haven and London: Yale University Press, 1968.
- LANDSBERGER HENRY, A.: *The Role of Peasant Movements and Factions in Development: An Analytical Framework*.» *Internacional Institute for Labour Studies Bulletin*. Genova (february) 1968.
- LANDSBERGER HENRY, A.: Editor: *Latin American Peasant Movements*. Etnaca, N. Y.: Cornell University Press, 1969.
- LANDSBERGER HENRY, A.: Editor: *Rural Protest: Peasant Movements and Social Change*. London: MacMillan, 1974.
- LANDSBERGER, Henry A., and Cynthia N. HEWITT: «Ten Sources of Weahness and Cleavage in Latin American Peasant Movements», in Rodolfo Stavenhagen (ed.), 1970.
- LONG, Norman: *An Introduction to the Sociology of Rural Development*. London: Tavistock Publications, 1977.
- MAO TSE-TUNG: «Heport on an Investigation of the Peasant Movement in Hunan», in *Selected Readings from the Works of Mao Tse-Tung*. Peking: Foreign Language Press, 1971, 1927.
- MOOKI, Covan: *South Africa: The Peasants Revolt*. Harmondsworth: Penguin Books, 1964.
- MCNAMARA, Robert: *The Essence of Security: Reflections in Office*. London: Hodder and Stoughton, 1968.
- MCNAMARA, Robert: *Address to the Board of Governors of the World Bank*, Nairobi, sept 24, Washington D. C., 1973.
- MELVILLE, Thomas, and Marjorie MELVILLE: Guatemala: The Politics of Land Ownership. New York: *The Journal of Peasant Studies* 3, 4 (july): 473-482, 1976.
- MELVILLE, Thomas, and Marjorie MELVILLE: *Guatemala: The Politics of Land Ownership*. New York: The Free Press, 1971.
- MIES, María: «The Shahada Movement: A Peasant Movement in Maharashtra.» *The Journal of Peasant Studies* 3, 4 (july): 473-482, 1976.
- MIES, María: Towards a Methodology of Women's Studies, Institute of Social Studies, *Occasional Paper*, núm. 77, The Hague (november), 1979.
- MIGDAL, Joel S.: *Peasants, Politics and Revolution. Pressures toward Political and Social Change in the Third World*. Princeton N. J.: Princeton University Press, 1974.
- MINISTRY OF HOME AFFAIRS, RESEARCH AND POLICY DIVISION: *The Causes and Nature of Current Agrarian Unrest*. Neó Delhi. Mimeographed report, 1968.

- MINTZ, SIDNEY W.: «The Rural Proletariat and the Problem of rural Proletarian Consciousness.» *The Journal of Peasant Studies* 1, núm. 3 (april), 1974.
- NACLA: «Foundations on the Move», págs. 481-494 in Huizer and Mannheim (eds.), 1979.
- NADER, Laura: «Up the Anthropologist-Perpectives dained from Studying Up.» In Dell Hymes (ed.), *Reinventing Anihropology*. New York: Random House, 1969.
- NEIRA, Hugo: «Cuzco» *Tierra y Muerte. Reportaje al Sur*. Lima; Editorial Problemas de Hoy, 1964.
- NEIRA, Hugo: Huilca: *Habla un Campesino Peruano*. Lima; Biblioteca Peruana, Editorial Inca, 1974.
- NETHERLANDS MINISTRY OF DEVELOPMENT COOPERATION: *Development Cooperation and the World Economy*. The Hague: Information Department. Ministry of Poreign Affairs, 1979.
- OMVEDT, Gail: «Women and Rural Revolt in India.» Part I. *Social Scientist* 61 (aug.) Trivandrum; Part II. *Social Scientist* 62 (sept.) 1977.
- OMVEDT, Gail: «On the Participant Study of Women's Movements: Methodological, Definitional, and Action Considerations.» In Huizer and Mannheim (eds.), 1979.
- ONOGÉ, Omafume F.: «The Counterrevolutionar y Tradition in African Studies: The Case of Applied Anthropology.» In Huizer and Mannheim (eds.), 1979.
- OWUSU, Maxwell: «Colonial and Postcolonial Anthropology of Africa: Scholarship or Sentiment?» In Huizer and Mannheim (eds.), 1979.
- PAIGE, Jeffrey M.: *Agrarian Revolution. Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. New York: the Free Press, 1975.
- PAYER, Cheryl: *The Debt Trap. The I. M. F. and the Third World*. Harmondsworth: Penguin Books, 1974.
- PEARSE, Andrew: *The Latin American Peasant*, London: Frank Cass, 1975.
- POST, Ken: «"Peasantization" and Rural Political Movements in Western Africa.» *Archives Européennes de Sociologie* XIII: 223-254.
- QUIJANO, Anibal: «El Movimiento Campesino del Perú y sus líderes.» *América Latina* VIII, núm. 4 (Río de Janeiro), 1965.
- QUIJANO OBREGÓN, Anibal: «Contemporary Peasant Movements.» In Seymour Martin Lipset and Aldo Solari (eds.), *Elites in Latin America*. New York: Oxford University Press, 1967.
- RITZENTHALER, Robert: «Anlu: A Women's Uprising in the British Cameroons.» *Affrican Studies*, vol. 19: 151-156.
- THE ROCKEFELLER REPORT ON THE AMERICAS: (The Official Report of a United States Presidential Mission for the Western Hemisphere, by Nelson A. Rockefeller.) Chicago: Quadrangle Books, 1969.
- RODNEY, Walter: *How Europe Underdeveloped Africa*. London-Dar-es-Salaam: Rogle-L'Ouverture. Tanzania Publishing House, 1972.
- ROGERS, EVERETT M., Editor: communication and development. Criti-

- cal Perspectives. Beverly Hills, London: *Sage Contemporary Social Science Issues*, 32, 1976.
- ROGERS, EVERETT M.: «The Anthropology of Modernization and the Modernization of Anthropology.» *Reviews in Anthropology* 2, núm. 3 (august), 1975.
- ROSBERG, Jr., Carl, and John NOTTINGHAM: *The Myth of «Mau-Mau»: Nationalism in Kenya*. Nairobi: East African Publishing House, 1966.
- ROWBOTHAM, Sheila: *Women, Resistance and Revolution*, Harmondsworth: Penguin Books, 1974.
- SCOTT, James C.: *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven and London: Yale University Press
- STAVENHAGEN, Rodolfo: «Decolonizing Applied Social Sciences.» *Human Organization*, 30, 4, 1977.
- STEENLAND, Kye: *Agrarian Reform under Allende. Peasant Revolt in the South*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1977.
- SUNDARRAYYA, P.: *Telengana People's Struggle and its Lessons*. Calcutta: Desray Chadha, 1972.
- TRILATERAL COMMISSION: *A Turning Point in North-South Economic Relations*. Prepared by Richard N. Gardner, Saburo Okita, B. J. Udink. Trilateral Commission Task Reports 1-7. New York: New York University Press, págs. 57-74, 1974.
- TRILATERAL COMMISSION: *Reducing Malnutrition in Developing Countries: Increasing Rice Production in South and Southeast Asia*. Prepared by Umberto Colombo, D. Gale Johnson, Toshio Shishido. New York: The Trilateral Commission.
- VAN ALLEN, Judith: «“Sitting on a man”: Colonialism and the lost political institutions of Igbo women.» *Canadian Journal of African Studies* IV, núm. 2, 1972.
- UNITED NATIONS: *The Role of Women in Rural Development*. Doc. E-Conf. 66/B. P./11, 1975.
- WERLHOF, Claudia Von: *Patriarchy, State and Class Structure in Latin America*. Programme in Development Studies. Dept. of Sociology, University of Bielefeld, W. Germany, mimeo.
- WERTHEIM, W. F.: *East-West Parallels*. The Hague: Van Hoeve, 1964.
- WILSON, D. R.: *Rationality. Key Concepts in the Social Sciences*. Oxford: Basil Blackwell.
- WOLF, Eric: *Peasants*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall.
- WOLF, Eric: *Peasant Wars of the Twentieth Century*. New York: Harper and Row, 1969.

RÉSUMÉ

L'auteur part de la constatation d'un ancien préjugé, bien installé dans la mentalité sociologique, comme c'est le caractère traditionaliste et, par conséquent, réactionnaire du paysanage comme classe; la nécessaire «modernisation» des structures sociales se verra sérieusement obstaculisée par cette mentalité des paysans.

Face à ce préjugé —à son avis imputable à la procédance urbaine et à l'éloignement réel des spécialistes en relation avec le milieu étudié— on passe en revue dans ce travail les mouvements paysans révolutionnaires récents, perspective qui centre l'analyse assez minutieuse d'un nombre important de théories actuelles. Le rôle réel du paysanage, ses orientations idéologiques, la nature des conflits et, en particulier, l'influence de l'attitude des organisations internationales spécialisées et ses résultats théoriques et pratiques sont aussi séparés et évalués, presque toujours dès une position de sympathie pour le compromis, sans préjudice de la nécessaire objectivité.

SUMMARY

The author starts with the verification of an old prejudice, well installed in the sociological mentality, as is that of the traditionalistic and, therefore, reactionary character of the peasantry as a class; the necessary «modernisation» of the social structures would be seriously hindered by the mentality of the peasants.

Faced with this prejudice —in his opinion imputable to the urban origin and the real separateness of the scholars from the studied environment— it is reviewed in this work the recent revolutionary peasant movements, a perspective that is shown by the sufficiently meticulous analysis of an important number of present-day theories. The real role of the peasantry, its ideological orientations, the nature of the conflicts and, particularly, the influence of the attitude of the specialized international organisations and its theoretical and practical results are also separated and evaluated, almost always from a position of preference for a compromise, even though with the necessary objectivity.

